

CAPÍTULO III

EXPRESIONES DEL SINCRETISMO RELIGIOSO

EN LA MUERTE NÁHUATL

Este capítulo aborda el tema del sincretismo religioso, la concepción de la muerte tanto en la cultura náhuatl como en el catolicismo para llegar finalmente a ver cómo confluyen estos puntos en la comunidad náhuatl de Xolotla, Pahuatlán, Puebla. Este apartado da sustento al contenido del video documental producido, además de ser una muestra de cómo deberán investigarse los temas para la realización de los otros videos de la serie.

1 Concepción de la muerte náhuatl

Una noción fundamental para el entendimiento de la cosmovisión prehispánica se encuentra presente en la naturaleza dual vida-muerte. Como lo describe Eduardo Matos Moctezuma (1975) fue a través de los mitos y leyendas como el hombre prehispánico dio a la muerte un carácter cíclico (: 7), de tal forma que ésta se hallaba inmersa en un proceso tan constante como el día y la noche.

“Los conceptos de nacimiento y muerte (...) se dieron como unidad indisoluble y a su vez causa efecto uno del otro” (Matos, 1975: 8). Los numerosos vestigios arqueológicos que representan rostros mitad calavera, mitad carne, son simbolismos indudables de esto. La dualidad reviste importancia vital para el hombre prehispánico desde tempranas épocas, inclusive es, para algunos investigadores, el principio esencial del universo del México antiguo (Matos, 1975: 56). Ejemplo de lo anterior se haya presente en las deidades del panteón prehispánico, representada cada una de ellas por una pareja de carácter masculino y femenino como *Ometeculhli* y *Omecíhuatl* (el sol como dios creador), *Mictlantecutli* y *Mictlancihuatl* (el dios de los muertos), entre otros.

“Tres son los principales mitos que todo pueblo presenta: el cosmogónico o creación del mundo; el antropogénico o creación del hombre, y (...) una proyección al más allá” (Matos, 1975: 7). En esta tercia, los nahuas lograron establecer de forma insistente la dualidad vida-muerte. A continuación se incluye el mito antropogénico, que encierra claramente la ambivalencia de la creación del hombre por los dioses:

Se consultaron los dioses y dijeron: “¿Quién habitará, pues que se estancó el Cielo y se paró el Señor de la tierra?, ¿quién habitará, oh dioses?” Se ocuparon en el negocio Citlailicue, Citlallatónac,

Apanteuctli, Tepanquizqui, Tlallamanqui, Huictlollinqui, Quetzalcóhuatl y Titlacahuan. Luego fue Quetzalcóhuatl al Infierno (mictlan, entre los muertos), se llegó a Mictlanteuctli y a Mictlancíhuatl y dijo: “He venido por los huesos preciosos que tú guardas.” Y dijo aquél: “¿Qué harás tú, Quetzalcóhuatl?” Otra vez dijo éste: “Tratan los dioses de hacer con ellos quien habite sobre la tierra.” De nuevo dijo Mictlanteuctli: “Sea en buena hora. Toca mi caracol y tráele cuatro veces al derredor de mi asiento de piedras preciosas.” Pero su caracol no tiene agujeros de mano. Llamó a los gusanos, que le hicieron agujeros, e inmediatamente entraron allí las abejas grandes y las montesas, que lo tocaron; y lo oyó Mictlanteuctli. Otra vez dice Mictlanteuctli: “Está bien, tómalos.” Y dijo Mictlanteuctli a sus mensajeros los mictecas: “Id a decirle, dioses, que ha de venir a dejarlos.” Pero Quetzalcóhuatl dijo hacia acá: “No, me los llevo para siempre.” Y dijo a su nahual: “Anda a decirles que vendré a dejarlos. Y éste vino a decir a gritos: “Vendré a dejarlos.” Subió pronto, luego que cogió los huesos preciosos; estaban juntos de un lado los huesos de varón y también juntos de otro lado los huesos de mujer. Así que los tomó, Quetzalcóhuatl hizo de ellos un lío, que se trajo. Otra vez

les dijo Mictlanteuctli a sus mensajeros: “¡Dioses!”. De veras se llevó Quetzalcóhuatl los huesos preciosos. ¡Dioses! Id a hacer un hoyo. Fueron a hacerlo; y por eso se cayó en el hoyo, se golpeó y le espantaron las codornices; cayó muerto y esparció por el suelo los huesos preciosos, que luego mordieron y royeron las codornices. A poco resucitó Quetzalcóhuatl, lloró y dijo a su nahual: “¿Cómo será esto nahual mío?” El cual dijo: “¿Cómo ha de ser! Que se echó a perder el negocio; puesto que llovió.” Luego los juntó, los recogió e hizo un lío, que inmediatamente llevó a Tamoanchan. Después que los hizo llegar, los molió la llamada Quilachtli: ésta es Cihuacóhuatl, que a continuación los echó en un lebrillo precioso. Sobre él se sangró Quetzalcóhuatl su miembro; y enseguida hicieron penitencia todos los dioses que se han mencionado: Apanteuctli, Huictlolinqui, Tepanquizqui, Tlallamánac, Tzontémoc, y el sexto de ellos Quetzalcóhuatl. Luego dijeron: “Han nacido los vasallos de los dioses.” Por cuanto hicieron penitencia sobre nosotros (Matos, 1975: 43 y 45).

Es frecuente escuchar que los antepasados rendían culto a la muerte, tal vez porque ningún otro pueblo la representó de forma tan obsesiva. El pueblo azteca fue llamado “el pueblo de la muerte” y tal afirmación no

puede ser falsa, ya que ésta se hallaba presente en infinidad de actos de la vida cotidiana; muestra de esto son los caracteres y nombres de los días, que como relata Jacinto de la Serna en su *Ministros de Indios*, de los veinte días que componían cada mes, el sexto o *Miquiztli*, estaba representado por una calavera que simbolizaba la muerte (citado en Francisco Del Paso y Troncoso, 1892: 121) e inclusive el *Huei Micailhuitl*, o noveno mes, correspondía a la fiesta de los difuntos (Del Paso y Troncoso, 1892: 138). También los nacimientos podían estar regidos bajo el signo de la muerte o *Mictlanteuctli*, éste era el octavo signo y designaba a los futuros médicos y parteras, o todos aquellos que en corto tiempo morían o que con brevedad aprendían las artes (Del Paso y Troncoso, 1892: 167).

Fue la muerte uno de los temas más bellamente plasmados por los nahuas tanto en el arte, la pintura, la arquitectura, la escultura y por sobre ellas la poesía. Los nahuas colmaron a la muerte de tintes melancólicos y de respuestas inciertas ante su inquietante llegada, inclusive Matos (1975) afirma que “no exageramos si decimos que más del 80% de las manifestaciones poéticas tratan, ya sea de una manera directa o colateral, el tema de la muerte. Había una verdadera angustia y pesadumbre a lo desconocido” (:99). El autor recopila en su obra fragmentos de poesía náhuatl, donde recalca las cuatro tendencias que Miguel León Portilla

plantea en su *Filosofía Náhuatl* sobre la forma en que la muerte era abordada por los pensadores nahuas o *tlamatinimes*. Versiones que en ocasiones eran distantes de la verdad oficial impuesta por la religión (Matos, 1975: 81).

(...) una primera que plantea que solamente en la tierra se vive, y que por lo tanto hay que gozar y cantar; la segunda que está más apegada al concepto religioso, vive la incertidumbre del más allá, del Quenamican, en donde se vive de alguna manera, pero se mantiene presente el temor a lo desconocido; y una tercera en la cual la permanencia en la tierra, en Tlatícpac, no va a dar la felicidad sino que ésta se encuentra en otra parte (León Portilla citado en Matos, 1975: 81).

Pero, ¿cuál era aquella versión oficial que promulgaba la religión náhuatl? La necesidad de trascendencia es punto de partida de los imaginarios populares, el “dejar de ser” representa para la humanidad un conflicto existencial, que no siempre es resuelto de la misma forma. En oposición a la extendida concepción occidental encabezada por el cristianismo, la estancia en el más allá de los antiguos nahuas no estaba condicionada por el comportamiento del hombre en la Tierra, sino por el género en que se moría en ésta (Matos, 1975: 57). Esta diferencia es tan importante que da origen

a más de una dimensión infrahumana, de tal forma que cuatro eran los lugares a los que los difuntos podrían ir dependiendo de las causas de su muerte. Estos lugares recibían los nombres de *Chichihuacuauhco*, *Mictlán*, *Tlalócan* e *Ilhuicatl-Tonatiuh*.

Como nos describe Alfredo Chavero (1939) en el libro *México a través de los siglos*, en primer lugar se encontraba el *Chichihuacuauhco* sitio donde iban los niños muertos y en donde existía un árbol de cuyas ramas goteaba leche con la que los niños se alimentaban. Los antiguos creían que esos niños volverían al mundo para poblarlo cuando se destruyese la raza que estaba en la tierra (:106).

La segunda mansión era el *Mictlán* donde reinaban *Mictlantecuhtli* y *Mictlancíhuatl*, y tenía que hacerse un largo viaje para llegar allí:

El muerto había de pasar primeramente el río llamado *Apanohuaya*. Necesitaba, para atravesarlo, del auxilio de un perrillo, *techichi*. Para esto hacían llevar al difunto un perrito de pelo bermejo al que ponían al pescuezo un hilo flojo de algodón. Contaban que cuando el difunto llegaba a la orilla del *Apanohuaya*, si el perro lo conocía por su amo lo pasaba a costas nadando, y que por eso los naturales criaban a este efecto dichos perrillos; lo

que hacían con los de color bermejo, pues los de pelo blanco ó negro no pasaban el río, porque el de pelo blanco decía: *yo me lavé*, y el de pelo negro: *estoy manchado* (...). Después del *Apanohuaya*, el difunto, despojado ya de toda vestidura, cruzaba por entre dos montañas que constantemente estaban chocando la una con la otra, y que se llamaban *Tépetl Monamictia*. De ahí seguía por un cerro erizado de pedernales, *Iztlépetl*. A continuación atravesaba los ocho collados en que siempre estaba cayendo nieve, *Cehuecáyan*, y los ocho páramos en que los vientos cortan como navajas, *Itzehecáyan*. Tomaban luego un sendero en que los asaeteaban, por lo que se nombraba *Temiminalóyan*. Encontrábase después con un tigre que le comía el corazón, *Teocoyleualóyan*, y ya sin él, caía en el *Apanuiayo*, en cuya agua negra estaba la lagartija *Xochitónal*. Entonces había terminado su viaje el muerto, y se presentaba á *Mictlantecuhtli* en el lugar llamado *Izmictlanapochcalocca*, ó según dice Sahagún, *Chicunahuimctla*, en donde se acaban y fenecían los difuntos (Chavero, 1939: 106).

Este sitio –el *Mictlán* - se le describía como un lugar muy ancho y oscuro, que no tenía luz ni ventanas, además que recibía diferentes nombres entre

los que podemos mencionar *Tocenchan* y *Tocenpapolihuiyan* “nuestra casa común”, *Ximoayan* “donde están los despojados, los descarnados”, *Atlecalocan* “sin salida a la calle”, *Huilohuayan* “donde todos van”, *Quenamican* “donde están los así llamados” (Matos, 1975: 70). Al *Mictlán* iban los que morían de enfermedad natural, fueran señores o maceguales, sin distinción de rangos o riquezas, ya que los nahuas no reservaban premio ni castigo a las almas:

Para el fraile el Mictlán no es otra cosa sino el Infierno, sin embargo éste no era el concepto para el hombre prehispánico, a quien se le trata de imponer un dios sangrante para ocupar el lugar de un dios que necesita sangre. Las imágenes de Cristo son las de un dios ya muerto, o agonizante. La muerte de la muerte ocurre porque la Colonia trata de introducir un concepto diferente. La figura del esqueleto con su guadaña, o que danza, es preludio de que va a llevarse a alguien al más allá. Es una muerte terminada, en cambio en el México prehispánico se le teme como cosa natural, no porque vaya uno a sufrir ni condenarse eterna, irremisiblemente (...) De los huesos mismos volverá a nacer vida y el hombre al morir volverá a caminar, a

peregrinar hasta llegar al Mictlan, en donde reside un dios de la muerte, cosa que no ocurre en Occidente (Matos, 1975: 122).

El tercer lugar llamado *Tlalócan* o mansión de la luna era para los que morían de rayos, ahogados en agua, los leprosos, bubosos, sarnosos, gotosos e hidrópicos. A los que morían por estas enfermedades no los quemaban sino los enterraban. Los nahuas se imaginaban el *Tlalócan* como un lugar de regalo y contento, fresco y ameno, en el que siempre reverdecían las ramas ostentando copiosos frutos; idea muy propia del lugar en el que residía el dios de las aguas: y como los muertos de las enfermedades o accidentes citados eran víctimas propicias a *Tlaloc*, por eso iban a residir a *Tlalócan* (Chavero, 1939: 106). “Si el *Mictlán* aparece como un lugar de aniquilamiento y destrucción, en esta nueva mansión se percibe una segunda vida, sin que se asegure que sea eterna” (Chavero, 1939: 106).

La cuarta mansión era el Sol o *Ilhuicatl-Tonatiuh*. “Allí no se tenía cuenta con noche ni con día, ni con años, ni con tiempos: el gozo no tenía fin y las flores nunca se marchitaban” (Chavero, 1939: 106-107). A este lugar iban los que se morían en la guerra, los cautivos que morían en poder de sus enemigos y las mujeres muertas en el parto. Decían que estaban en una hermosa llanura, y que todas la veces que salía el sol daban muchas voces

golpeando en sus escudos; y el que tenía el escudo pasado de saetas, veía el sol por los agujeros de él (Chavero, 1939: 106-107). En el caso particular de las mujeres que morían en el parto éstas se convertían en *mocihuaquetzque* o mujeres valientes encargadas de acompañar al sol en su recorrido del medio día hasta el atardecer. Se creía que habitaban en la parte occidental del Cielo (Matos, 1975: 59). Ya parece que se vislumbra la inmortalidad en esta mansión; pero agrega la leyenda que a los cuatro años se convertían las almas en diversos géneros de ave de pluma rica y de color, y andaban chupando todas las flores, así en el Cielo como en este mundo (Chavero, 1939: 106-107). Fue éste el lugar que los evangelizadores asociaron con el Cielo cristiano, ya que era un lugar de regocijo y donde sólo podían habitar allí los que habían tenido una muerte con honores.

Se puede concluir que el hombre náhuatl encontró su origen en la oscuridad de la muerte, hizo de ella esencia imborrable de su presente y futuro, y lo que en hoy en día es conocido como culto a la muerte fue más bien “un culto a la vida...a través de la muerte” (Matos, 1975: 11).

2 Concepción de la muerte católica

Para abordar la noción católica de la muerte es necesario primero comprender dos conceptos anteriores a ésta: el tiempo y la vida. Como lo describe George Brantl (1962) para los cristianos el tiempo y la vida adquieren su valor en la creencia de la existencia de la eternidad. En consecuencia, es la naturaleza la escena y el material de la actividad divina, el lugar donde se desarrolla el drama del imaginario de Dios que, junto con el tiempo, recuerdan la intrínseca bondad en los ojos de Dios y de los hombres (: 227).

La entrada del mismo Dios en la persona de Cristo es un momento único en la historia de la redención, ya que provee de una dirección a los hombres. El tiempo y las cosas del tiempo son entonces para el bien cristiano y deberán ser amadas como Dios las amó a ellas. La vida de la fe y caridad es, de hecho, la vida de la eternidad en el tiempo. Sin embargo, es en el tiempo donde el hombre construye su camino hacia la eternidad, hacia la realización suprema, así que también es el tiempo del juicio del hombre, del examen de sus méritos. A través del infinito mérito de redención de Cristo, el hombre obtiene su eternidad en el tiempo. Al estado del término sigue el estado del juicio y las cosas del tiempo deben ser las “últimas cosas” (Brantl, 1962: 227).

Los católicos creen específicamente en cuatro “últimas cosas”: la muerte, el juicio, el Infierno y el Cielo. Aunque resulta indispensable hablar también de dos últimas visiones en torno al destino del hombre como lo son el purgatorio y la resurrección del cuerpo (Brantl, 1962: 227).

La muerte es una condición universal del hombre y momento imponente para el devoto cristiano, es el instante en que se deja a los amados, los méritos terminan, la gracia se convierte en justicia, cuando el alma sobrevive al cuerpo. Si se ha obrado bien la muerte es un gran momento, por esta razón, el católico debe meditar con coraje la llegada de su muerte y orar por una muerte feliz. Porque a una buena vida corresponde una buena muerte (Brantl, 1962: 228).

Según James P. Carse (1987) la esencia misma de la doctrina del pecado original radica en que:

(...) la primera pareja creada *desobedeció libremente a Dios y fue castigada con la muerte*. La muerte por lo tanto se origina en una decisión libre, y aunque es impuesta por Dios, es un pago perfectamente justo por nuestra ofensa. La naturaleza de esta ofensa queda suficientemente clara desde el primer relato bíblico del primer pecado: es el deseo de ser como Dios. Aquí el

cristianismo está de acuerdo con el judaísmo, pues la muerte es entendida tanto como la línea que separa lo humano de lo divino y como el castigo por tratar de cruzar esa línea (...) La muerte es un hecho natural, pero no es causado por la naturaleza, sino por el pecado (:268).

No obstante, Carse reconoce que diversos teólogos contemporáneos como Karl Barth piensan que esta interpretación no es del todo cierta, ya que Barth interpreta a la muerte como el medio por el cual se expresa el castigo, como parte de un límite establecido por Dios, e inclusive como un don en el que Dios revela al hombre que en la muerte y por sobre la muerte Él es todavía la esperanza del hombre (Carse, 1987: 272 y 273). Finalmente, Carse concluye que “Dios es el agente de la muerte, y es a través de esta agencia que conserva todas las cosas para sí mismo” (1987: 274).

San Agustín, filósofo por excelencia del cristianismo, sugiere que la muerte que sigue al pecado debe considerarse como un estado en el que el alma es “abandonada” por Dios. Se refiere a esto como una “segunda muerte”, pues en la primera el alma es abandonada por el cuerpo y luego por Dios. En esta segunda muerte no sólo estamos muriendo, como cuando estamos en el cuerpo, sino “infinitamente” muriendo: “Y será más dura e intolerable esta

segunda muerte, porque no se podrá acabar la infelicidad de ese estado con la misma muerte” (citado en Carse, 1987: 270). Cuando se introduce la inmortalidad, la muerte misma deja de convertirse en un castigo; ocurre más bien que la muerte del cuerpo simplemente cambia la naturaleza del castigo, que puede ser entendido solamente como “una vida de sufrimiento”, incluso si es una vida *postmórtem*. Así, encontramos la difundida referencia en el pensamiento cristiano a escenas de castigo eterno donde los muertos no están realmente muertos; sólo están incapacitados para huir de la miseria a la que se han hecho acreedores en su existencia terrena. (Carse, 1987: 270).

Al momento de la muerte precede el juicio particular donde cada hombre es juzgado de acuerdo a sus acciones. El tiempo de hacer méritos ha terminado, un hombre es, en uno u otro de los casos, un amigo o enemigo de Dios y esto lo recuerda por la eternidad (Brantl, 1962: 232).

El Purgatorio es un lugar o estado donde están detenidas las almas de aquellos quienes murieron en gracia, en amistad con Dios, pero con la mancha del pecado venial o con una deuda temporal aún por pagar. Aquí es el lugar donde el alma es purgada y limpiada para la eterna unión con Dios en el Cielo. El sufrimiento del alma en el Purgatorio es intenso, todavía está sufriendo en amor: las almas en el Purgatorio no son vueltas a Dios; están

privadas de la visión de Dios, pero al mismo tiempo están unidas a él por amor. Esto es un doble sufrimiento, la privación de Dios por un tiempo es un dolor psicológico. La lógica de la existencia del Purgatorio para los católicos está fundada en el hecho de que una persona puede morir en amistad con Dios, pero no estar todavía lista para la última visión de Dios. El hombre puede haber fallado en hacer el reparo suficiente por sus ofensas, aún cuando él las ha admitido. Esto es inimaginable para un católico cuya alma podría, o podría querer, alcanzar una inmediata presencia de Dios (Brantl, 1962: 232 y 233).

La Iglesia Católica enseña también cómo una persona en vida puede acortar su término en el Purgatorio o la de otra alma por aplicación de indulgencias, las cuales son dadas por la oración y las buenas acciones. Para entender esto, debemos tener en mente que todo mérito es una derivación última de la infinita satisfacción del sacrificio de Cristo. Fue así como Cristo otorgó sus poderes a la Iglesia en la tierra y el Cielo, dentro de ésta se guardan los infinitos méritos de su vida. De la misma manera, las indulgencias son la aplicación de la Iglesia de los infinitos méritos de Cristo en su sufrimiento por los pecados de los hombres. El poder de la Iglesia de conceder indulgencias sigue a los poderes de la Iglesia que demandan el cuerpo de Cristo en la tierra (Brantl, 1962: 233).

Otro estadio decisivo para los hombres se ve representado por la segunda venida, el juicio final o la resurrección del cuerpo. Cuando llegue el fin del mundo, Cristo vendrá de nuevo de manera triunfante y juzgará a todos los hombres y a todos los ángeles. Ésta es la segunda venida y el juicio general al cual Cristo se refirió en muchas ocasiones en pláticas con sus apóstoles. Esta creencia es una firme parte de la tradición católica. En el juicio final se manifestará la gracia y la justicia de Dios en la historia total de la creación. Las escrituras indican que esto precederá a un sermón universal del evangelio, la conversión de los judíos, la gran profecía de la venida del anti-Cristo, y un extraordinario desorden natural (Brantl, 1962: 237).

Cuando la sentencia dictada en el Juicio Final haya separado a los débiles de los buenos para siempre, el reino de Dios habrá encontrado su consumación. La Iglesia militante y sus sufrimientos dejarán de existir; ambas habrán de pasar a través de la Iglesia triunfante del Cielo. Un nuevo mundo existirá, un mundo en el cual los desacuerdos y todos los poderes hostiles a Dios habrán desaparecido (Algermissen, 1945: 517). En la segunda venida, las almas de todos los hombres se reunirán con sus cuerpos. Esta resurrección de los muertos es más que una inmortalidad del alma: es una resurrección del hombre en la plenitud de su naturaleza. El cuerpo humano será glorificado, de acuerdo con la creencia católica,

preparándose para la vida eterna. Todos los hombres en su íntegra naturaleza encontrarán en el Juicio Final el destino eterno en el Cielo o en el Infierno (Brantl, 1962: 238).

Es en el Infierno donde todos aquellos que murieron en grave pecado y que deliberadamente se convirtieron en enemigos de Dios permanecerán toda la eternidad. El Infierno es un lugar o estado de eterna separación de Dios y de castigo eterno. Sobre los sufrimientos del condenado, la tradición católica sostiene que lo más terrible es la insaciable hambre de Dios, la cual alcanzará su máxima ansiedad en el Infierno, un hambre que el condenado conocerá como la expresión más plena de las necesidades de su naturaleza y el incumplimiento eterno que él mismo ha traído consigo (Brantl, 1962: 241). Es el Infierno el lugar donde el corazón no conocerá paz ni el alma la beatitud, es un estado de castigo caracterizado por el dolor de un misterioso fuego, un estado que sustituye la inundación de la luz divina sobre el alma por una oscuridad abismal, la infinita beatitud por una tristeza profunda, la vida divina y el eterno balance por el borde de la aniquilación (Algermissen, 1945: 511 y 512).

Aquellos que mueren en amor y amistad con Dios disfrutarán por siempre la visión cara a cara con Dios: el Cielo (Brantl, 1962: 243). El Cielo es el estado de la visión inmediata de Dios, la más íntima unión del alma con el

Creador, en donde esta última descansará en beatitud y paz interminables, libre de todo sufrimiento y dolor (Algermissen, 1945: 513). El Cielo es la expresión del alma y Dios que se reúnen en un acto de amor: la visión llena la mente, el amor ocupa la voluntad, hay un nacimiento perfecto e incesante disfrute en la unión con el Dios supremo que toda la naturaleza anhela (Brantl, 1962: 243). El carácter supernatural de lo celestial consiste en la inundación del alma, no con la plenitud de la felicidad creada, sino con la vida y beatitud del Dios infinito en ella, con la luz de la gracia divina de Dios, que ésta podrá ser capaz de reflejar también (Algermissen, 1945: 513 y 514).

Es el Cielo la morada de los ángeles, criaturas incorpóreas, puramente espirituales, y dotadas de un conocimiento e inteligencia inmensamente superiores a las del hombre, conocedores en abstracto de la divina esencia (Apostolado de la Prensa, 1925: 13). Son los ángeles ministros y ejecutores inmediatos de las obras que dimanan de la figura omnipotente, justa y misericordiosa de Dios, quien a su vez se vale de éstos para emplearlos como sus criados y oficiales en el gobierno de sus criaturas (Apostolado de la Prensa, 1925: 15).

Y así, es opinión común de los santos Doctores, que ellos gobiernan esta inmensa máquina del universo y tienen en sus

manos todas las leyes físicas con que se rige, para darles el giro y dirección que Dios les ordene. En su poder están los vientos y las tempestades; ellos pueden excitar o aplacar el furor del Océano, dar dirección al rayo, privar de su actividad al fuego, o aumentársela; amansar la fiereza de los animales, o usar de su crueldad para castigo del hombre; avivar o embotar la inteligencia, alterar los humores de los cuerpos y producir otros innumerables fenómenos. En una palabra: la Creación toda está a su disposición, y la gobiernan sapientísimamente conforme a los planes de la Providencia divina (Apostolado de la Prensa, 1925: 15).

Aunque todos los ángeles son de “sublime naturaleza, de excelentísimas dotes y altísima dignidad” no todos son iguales aclara el Cardenal Belarmino (1881: 17). Hay entre ellos nueve diferentes grados conocidos con el nombre de los nueve coros angélicos, distribuidos en tres jerarquías, de las cuales la primera comprende los Serafines, Querubines y Tronos; la segunda, las Dominaciones, Virtudes y Potestades, y la tercera, la más numerosa quizá, los Principados, Arcángeles y Ángeles (Belarmino, 1881: 17)

El cardenal Belarmino nos refiere en su obra, *De la felicidad eterna de los santos* (1881) que la ciudad de Dios está poblada de millares de espíritus y cada uno de ellos tiene diferente género de virtudes:

(...) en relación a los ángeles, los Serafines con la grandeza de su amor son una imagen vivísima del que Dios tuvo y tiene, así á los Ángeles como á los hombres, criándolos y conservándolos con todo el resto de las criaturas visibles que hay en todo el universo. Los Querubines son imágenes vivas de su inmensa sabiduría con que fabricó el mundo, en número, peso y medida. Los Tronos representan la quietud y tranquilidad con que Dios se contempla, y sin alterarse un punto mueve y gobierna al universo con inefable providencia. Las Dominaciones muestran, como en espejo cristalino, el poder infinito de Dios, de cuya mano y voluntad depende todo lo criado, y en cuya sola potestad está conservar o aniquilar todas las criaturas del mundo. Las Virtudes son estampa de la que Dios tiene para hacer maravillas y prodigios, reservando esta virtud milagrosa para sí solo. Las Potestades representan el imperio soberano del Altísimo sobre todos los imperios y señoríos, y su infinito poder para hacer y deshacer, sin que ninguna cosa le sea imposible, y que sólo su potestad es la verdadera, origen y

manantial de cuantos la participan, así las potestades del Cielo como las de la tierra. Los Principados levantan bandera, con que declaran que Dios es el Príncipe de los príncipes, el Monarca de los monarcas, y el Rey de reyes del Universo. Los Arcángeles declaran con su asistencia, que Dios es el sumo Pontífice que ayuda y da favor á todos los Pontífices y Prelados de la tierra. Los Ángeles, finalmente, son espejos tersísimos que representan el paternal cuidado que tiene Dios de los pobres huérfanos y desvalidos, y que aunque á cada uno señala un Ángel que le guarde, no por eso descuida de asistirle, sino que como padre amoroso tiene cuidado de todos en común (...) (Belarmino, 1881: 16-18).

En relación a la creación de los ángeles, San Agustín (1970) refiere en su tratado filosófico, *La ciudad de Dios*, que éste en un principio pobló al mundo de ángeles, seres tan buenos, visibles e inteligentes, a quienes dio inteligencia e hizo capaces para que le viesen y contemplasen, y los reunió en una comunidad Ciudad Santa y soberana, en donde el mismo Dios era vida y sustento de todos. A esta misma naturaleza intelectual le dio libre albedrío, de manera que si quisieran dejarlo, les sucediese la miseria. A pesar de que Dios sabía que algunos ángeles, altivos y soberbios, habrían de presumir su vida bienaventurada volviéndose desertores, no les quitó su

potestad, juzgando mejor sacar bien aún de las cosas malas, que impedir existiesen las malas (: 247).

Puesta por Dios a prueba la fidelidad de los Ángeles, no todos perseveraron fieles; muchos, engreídos por sus dones, se ensoberbecieron y pecaron... Lucifer, el más bello, perfecto y glorioso de todos los Ángeles (tiénese por cierto que pertenecía al coro de los Serafines), considerando la hermosura, nobleza y dignidad de su propio sér, su superioridad sobre todas las criaturas, viendo que en el misterio que se les proponía iba la naturaleza humana, glorificada en el Verbo, Hijo de Dios, a ser enaltecida sobre él, quedando, por consiguiente, rebajado y postergado al hombre y hecho su vasallo el más alto Serafín, llenóse de envidia y se rebeló despechado. Cundió la rebelión entre millones de Ángeles, deslumbrados, como Luzbell, por su propia nobleza, e hicieron causa con él, juzgando que mejor que a la naturaleza humana, muy inferior a la angélica, convenía a su caudillo la unión hipostática con el Verbo. En este punto el Arcángel San Miguel, lleno de celo por su Señor, opúsose con valentía a los rebeldes, diciendo aquellas memorables palabras: " ¿Quién hay semejante a Dios? ¿Quién podrá rehusar creer y

adorar lo que Dios propone a la fe y adoración de sus criaturas?”

Una gran batalla, dice San Juan en el Apocalipsis, se trabó entonces en el Cielo: Miguel y sus Ángeles combatían contra el dragón; el dragón combatía, y con él sus Ángeles (...). No fué batalla de espadas ni de bruñidas lanzas: porque no se trataba de dar la muerte a nadie, ni el Ángel las necesita para herir ni matar: era batalla de ideas y principios que pugnaban entre sí, se chocaban y repelían. Porque, como dice el Cardenal Belarmino, el Ángel, sin manos ni armas, con sólo el ímpetu y fuerza de su espíritu, puede pelear contra un ejército entero de enemigos armados, y derrotarlo y vencerlo. Y por esto, la sagrada Escritura la llama *gran batalla: praelium magnum*. Grande por el número y poder de los combatientes, grande por los efectos que produjo, grande por la causa y verdad que la motivó, grande porque dividió el Cielo en dos campos irreconciliables, arrastró al abismo la tercera parte de los Angeles de todos los órdenes y jerarquías, y aseguró para siempre eternamente la felicidad de los Angeles buenos, coronándolos con inmarcesible victoria (Apostolado de la Prensa, 1881: 20-23).

Los ángeles que se separaron de Dios se hicieron inmundos, entre ellos Lucifer, como todos aquellos “espíritus que no son ya luz en el Señor, sino tinieblas en sí mismos, privados de la participación de la luz eterna. Porque el mal no tiene naturaleza alguna, sino que la pérdida del bien recibió el nombre del mal” (San Agustín, 1970: 247).

Será por tanto Lucifer y su ejército de ángeles los que como castigo eterno por su rebelión habitarán en el Infierno y serán personajes importantes en la historia de la salvación del hombre.

3 ¿Qué es el sincretismo religioso?

Con la Conquista de México, según Aguirre Beltrán, se da “una colisión frontal entre dos sistemas ideológicos que contemplan diversa, opuestamente, el trato con lo sobrenatural”. Los españoles se comportaron de forma intolerante frente a la supervivencia del culto a los dioses prehispánicos. Se suscitó, entonces, una devastación violenta de templos y dioses, se calificaron como falsas y supersticiosas las creencias indias y se exigió de los nativos acoger los signos y símbolos propios de la religión occidental y desconocidos para ellos (1992: 151). Este choque entre dos religiones trajo como consecuencia un shock cultural, nombre dado por

Kalervo Oberg, antropólogo estadounidense dedicado a la explicación psicológica, “al síndrome que resulta de la pérdida de los signos y símbolos que nos son familiares en la vida social y que permiten orientarnos en la vida diaria” (citado en Aguirre, 1992: 150).

De acuerdo con Serge Gruzinski, el llamado encuentro de dos mundos en el ámbito religioso condujo a confusiones y malentendidos como relacionar el *Mictlán* nahua, que no era sino una de las moradas a donde llegarían los muertos, además de ser un lugar glacial, con el Infierno cristiano (1991: 187). Pero sobre todo trajo consigo un proceso de aculturación que según Aguirre Beltrán,

es el proceso de cambio que emerge del contacto de grupos que participan de culturas distintas. Se caracteriza por el desarrollo continuado de un conflicto de fuerzas, entre formas de vida de sentido opuesto, que tienden a su total identificación y se manifiesta, objetivamente, en su existencia a niveles variados de contradicción (citado en Nutini, H. y Barry L. Isaac, 1974: 433).

Este proceso de aculturación en el terreno religioso ha propiciado un debate que, por años, han sostenido antropólogos que buscan una explicación al producto surgido de la religión precolombina y la católica. En este sentido,

Eugenio Maurer clasifica a los estudiosos de la religión indígena en tres tipos de pensamiento:

1) Aquellos para quienes el impacto del cristianismo en las religiones precolombinas fue escaso:

“Veía yo, con mayor claridad cada vez, que los tzinantecos no eran campesinos católicos cuya cultura conservaba vestigios *mayas*, sino más bien gente de las tribus mayas ligeramente barnizadas de catolicismo español” (Vogt citado en Maurer, Emilio. 1984: 133).

“No pocos aspectos de la cultura tzotzil son herencia de la cultura maya clásica, y han sufrido mínimas alteraciones; la religión lo ejemplifica” (Holland citado en Maurer, 1984: 133).

2) Aquellos para quienes las religiones actuales indígenas son resultado de lo hispánico y de lo precolombino, pero no de forma plenamente integrada, sino como sincretismo o mezcla:

Para Sodi, las iglesias católicas son templos en donde los indígenas demuestran sus creencias cristianas, pero teniendo siempre presente el culto a sus antepasados (citado en Maurer, 1984: 134).

“La Santa Cruz es un Dios al que se invoca en las oraciones junto con otras divinidades paganas y católicas” (Guiteras-Holmes citado en Maurer, 1984: 134).

De acuerdo con Ruz Lhuillier, los indígenas mayas expresan este sincretismo religioso participando en los sacramentos y prácticas de la religión católica como son el bautismo, la misa, las procesiones, las fiestas de los santos y el rezo de oraciones, al tiempo en que rinden culto a “‘su Padre el Sol’ que es también Cristo; a la ‘Madre Tierra’; a la Luna, que es la ‘diosa abuela’ o la Virgen María” (citado en Maurer, 1984: 134).

3) Aquellos para quienes hubo una integración entre los elementos del cristianismo y las religiones precolombinas:

Numerosos elementos de la cultura actual de Yucatán tienen paralelos que son de origen indio y europeo, y podrían atribuirse a una y otra fuente, o a ambas. La cultura [maya] es, en la actualidad, un cuerpo de elementos perfectamente integrados, cuyas fuentes son españolas e indias [y que] fueron totalmente rehechos y redefinidos, los unos en función de los otros. Nada es del todo indio, nada es del todo español (Redfield citado en Maurer, 1984: 135 y 136).

Eugenio Maurer define a la integración de los elementos de la religión cristiana con los de la precolombina como síntesis. Para el antropólogo, el sincretismo religioso es sólo un proceso que desemboca en una síntesis religiosa, es decir, “en una cosmovisión ordenada y armónica y, desde luego dinámica, capaz por lo tanto de continuar el proceso de integración de los elementos nuevos que se van presentando” (1984: 141).

Según Maurer, el sincretismo fue un fenómeno dado en un principio cuando los misioneros obligaron a los indios a practicar el cristianismo. Sin embargo, después los indios con esta “doble religión” llegaron a la síntesis de una religión que guardara una coherencia con su vida práctica (1984: 144).

Una vez revisados los tres tipos de explicación dados al enfrentamiento religioso que se suscitó con la conquista, es necesario precisar la definición etimológica y el significado de las palabras sincretismo y síntesis.

Sincretismo

Definición etimológica

Syn: con = unión; *kres*: cretense; unión de los cretenses (Maurer, 1984: 137).

Synkerannymi: mezcla o unión de elementos heretogéneos (Maurer, 1984: 137).

Significado

“Sistema que trata de mezclar o conciliar elementos o doctrinas diferentes o discordes” (*Webster*, Real Academia Española, *British Encyclopedia*, citado en Maurer, 1984: 137).

“Combinación poco coherente, mezcla de doctrinas o sistemas” (*Petit Robert* citado en Maurer, 1984: 137).

“Aceptación acrítica de creencias o principios diferentes o en conflicto, eclecticismo ilógico que lleva a la incompatibilidad, incongruencia o contradicción” (*Webster* citado en Maurer, 1984: 137).

El significado de la palabra sincretismo ha sido conocido por los estudiosos desde 1924 con Plutarco, quien parafraseado por Hugo G. Nutini, lo empleó para referirse a la política y lo definió como: “a synthesis growing out of the contact or collision of two complexes of elements or institutions (not necessarily religious) from different cultural traditions” (1988: 16).

Nutini en su *Todos Santos in Rural Tlaxcala*, plantea dos significados para el término sincretismo. El primero como “...the fusion of the religious or

nonreligious traits, complexes of traits, or institutions of two cultural tradition in the course of face-to-face interaction” (1988: 78). Considera al sincretismo como un tipo de aculturación en donde los elementos involucrados tienen una relativa similitud en su estructura, función y forma, además de ser la forma menos violenta y dislocada de cambio en el choque de dos o más tradiciones socioculturales (Nutini, 1988: 78 y 353).

El segundo significado propuesto es “...the amalgamation and reinterpretation of religious elements only, and it does not necessarily involve the direct confrontation of the entire institutional arrangement of the interacting cultural traditions” (Nutini, 1988: 78).

El término sincretismo religioso, usado por el lenguaje técnico de la antropología, es lo que Gamio llama religión mixta: “Todos estos indios bautizan a sus hijos, casan y mueren en el seno de la Iglesia católica; pero, en verdad, participan de una *religión mixta*, de un catolicismo pagano o de un paganismo católico” (Aguirre, 1992: 194).

Síntesis

Definición etimológica

Syn: con = unión; + *títhemí*: colocar; por tanto, “colocar juntamente, hacer una composición” (Maurer, 1984: 137).

Significado

“Una combinación tal de ideas, fuerzas o factores, variados y diversos, que lleguen a formar un todo coherente o armónico. Operación mental mediante la cual se construye un sistema” (*Petit Littré* citado en Maurer, 1984: 137).

“Operación intelectual que reúne en un conjunto coherente [o armónico], los elementos de conocimiento relativos a un objeto” (*Petit Robert* citado en Maurer, 1984: 138).

Hasta este punto, se han revisado las definiciones etimológicas y los significados de sincretismo y síntesis. Sin embargo, autores como Nutini han encontrado una relación entre ambos conceptos que apoyan lo ya descrito arriba por Maurer. El propio Nutini divide en tipos diferentes el proceso sincrético.

El sincretismo religioso dado en el periodo conocido como la Conquista de México presenta dos formas muy concretas: el sincretismo guiado y el

sincretismo espontáneo. El primero se refiere al alto grado de asimetría ideológica y estructural, a la poca importancia que se da a los elementos de la cultura indígena, a la estructura religiosa basada en aspectos administrativos y sociológicos y a la búsqueda en todo este proceso de lograr la síntesis. Por su parte, el sincretismo espontáneo tiene como características el alto grado de simetría ideológica y estructural, una mayor importancia dada a los elementos indígenas, una organización religiosa ritual y simbólica, y así mismo, la búsqueda de la síntesis como resultado del proceso sincrético (Nutini, 1988: 399 y 400).

Como se ha revisado, el sincretismo guiado tiene como característica un tipo de sincretismo conocido como asimétrico, según el cual una ideología se impone por sí misma sobre otra. Dos claros ejemplos de esto son, de acuerdo con Nutini, el caso del culto a los santos y el ayuntamiento religioso. En este sentido, aun cuando en la estructura de estos sistemas han predominado los elementos prehispánicos, la ideología es esencialmente católica (Nutini, 1988: 355).

Relacionado con el sincretismo espontáneo se encuentra el sincretismo simétrico, definido como un balance más o menos equilibrado entre las ideologías en pugna. El ejemplo propuesto por Nutini, aunque como él mismo asegura no es muy claro pues es muy difícil encontrar este tipo de

casos, es el culto a la muerte en Tlaxcala, que a pesar de ser básicamente asimétrico pues predomina la ideología precolombina, se puede encontrar un balance entre los elementos prehispánicos y los del catolicismo español (1988: 349 y 355).

Como resultado de la aculturación, ya bien en forma sincrética o sintética, se haya la religión definida por teólogos y antropólogos como “folk”. Es decir, aquella que se aleja de la ortodoxa, practicada en los centros urbanos y sectores rurales ligados a la vida nacional y considerada como la religión oficial de México. La religión folk se caracteriza de acuerdo con Nutini e Isaac por el empleo de instituciones como las mayordomías y la organización de los barrios, al menos en comunidades de Puebla y Tlaxcala, propiciada por la falta de sacerdotes residentes (1974: 351).

Finalmente, el sincretismo o la síntesis de estos dos sistemas religiosos, el cristiano y el prehispánico han planteado a los antropólogos otro debate: si actualmente la religión indígena es cristiana o pagana, como se concibió con la llegada de los españoles,

la cuestión es saber si los elementos nuevos, cristianos o no, han llegado a formar parte integrante de la antigua estructura religiosa indígena... o si la religión [indígena actual] es una

estructura esencialmente cristiana, con adiciones de elementos autóctonos, [es decir, si se han] conservado los elementos esenciales del sistema religioso autóctono... o si han sido sustituidos por elementos fundamentalmente cristianos... (Zantwijk citado en Maurer, 1984: 133).

4 Sincretismo religioso en las ceremonias mortuorias y Fieles Difuntos de los nahuas

4.1 Ceremonias y ritos mortuorios

Es necesario revisar algunos conceptos antes de adentrarse en lo que constituyen las ceremonias y ritos mortuorios de los nahuas. De acuerdo con Ochoa Zazueta, la ceremonia mortuoria da gran importancia al difunto. Constituye

la preparación del alma –atendiendo el cadáver viviente- para que con éxito haga el camino hacia su nuevo ámbito, meta que se logra en gran manera por el tipo de singularidad de las ceremonias mortuorias, que no se deben confundir con el sepelio, el enterramiento, las velaciones y todos los actos posteriores al

funeral. La preparación del cadáver, como es sabido, va desde el baño, hasta la provisión de utensilios y alimentos que necesariamente el alma aprovechará al pasar a su nueva etapa (1972: 550).

Encontrando pues esta distinción entre ceremonia mortuoria y sepelio, enterramiento, velaciones y actos posteriores al funeral, conviene revisar estos. El sepelio

es la ceremonia ritual, por lo regular extremadamente religiosa, que antecede al enterramiento; tiene consecuencias emotivas y espirituales de gran alcance porque culturalmente hablando se trata de despedir a un ser viviente, de ahí que los registros etnográficos denoten cómo esta ceremonia se rodea, junto con los actos mortuorios, de un gran misticismo hierático. Es el último contacto a nivel de iguales entre vivos y difuntos (Ochoa, 1972: 550).

Por su parte, el enterramiento constituye

la definición del nuevo estado del difunto, ahora alma o ánima, y la iniciación de la relación pánica con sus parientes y amigos. Sepultar el cuerpo viviente del pariente o del amigo significa

señalar el instante de la iniciación de las vicisitudes del muerto, y de los vivos. El muerto luchará ante barreras ‘casi’ insuperables, ayudado por el aporte material y el apoyo moral de sus deudos (...) (Ochoa, 1972: 550).

Las velaciones, que son ceremonias posteriores al enterramiento con oraciones y ritos, tienen también el propósito de ayudar al alma a llegar “hacia su ámbito” (Ochoa, 1972: 550).

En este sentido Ochoa Zazueta considera que los actos realizados durante los ritos y ceremonias mortuorias revelan una necrofobia disfrazada de necrofilia en donde “los deudos, después del enterramiento, buscarán por todos los medios a su alcance (...), y de acuerdo a sus concepciones eidéticas, la forma como el alma de su difunto llegue pronto y con felicidad agradecida a su destino” (1972: 550).

Walter Krickeberg relata cómo los aztecas se despedían de sus difuntos antes de que fueran enterrados:

¡Oh hijo! ya habéis pasado y padecido los trabajos de esta vida; ya ha sido servido nuestro señor de llevaros, porque no tenemos vida permanente en este mundo y brevemente, como quien se calienta al sol, es nuestra vida. Hízonos merced nuestro señor que nos

conociésemos y conversásemos los unos a los otros en esta vida y ahora, al presente ya os llevó el dice 'señora del inframundo', ya os puso por su asiento, porque todos nosotros iremos allá, y aquel lugar es para todos y es muy ancho, y no habrá más memoria de vos. Ya os fuisteis al lugar oscurísimo que no tiene luz, ni ventana, ni habéis más de volver ni salir de allí, ni tampoco más habéis de tener cuidado y solicitud de vuestra vuelta. Después de haberos ausentado para siempre jamás, habéis ya dejado a vuestros hijos, pobres y huérfanos y nietos, ni sabéis como han de acabar, ni pasar los trabajos de esta vida presente. Nosotros allá iremos a donde vos estaréis antes de mucho tiempo(...) (1980: 35).

Otro ejemplo de esta despedida a los difuntos se encuentra en la adoración que las parteras le hacían a las mujeres aztecas que morían en trabajo de parto, antes de ser sepultadas:

¡Oh mujer fuerte y belicosa, hija mía muy amada! Valiente mujer, hermosa y tierna palomita, señora mía, os habéis esforzado y trabajado como valiente, habéis vencido, habéis hecho como vuestra madre la señora Cihuacóatl-Quilaztli, habéis peleado valientemente, habéis usado la rodela y la espada como valiente y

esforzada, la cual os puso en vuestra mano nuestra madre la señora Cihuacóatl-Quilaztli. Pues despertad y levantáos, hija mía, que ya es de día, ya ha amanecido, ya han salido los arreboles de la mañana, ya las golondrinas andan cantando y todas las otras aves. Levantáos hija mía, y componéos, íd a aquel buen lugar que es la casa de vuestro padre y madre el sol, que allí todos están regocijados, contentos y gozosos. Idos, hija mía, hacia vuestro padre el sol y que os lleven sus hermanas, las mujeres celestiales, las cuales siempre están contentas y regocijadas y llenas de gozo con el mismo sol, a quien ellas dan placer, el cual es madre y padre nuestro... Hija mía muy amada, te ruego que nos visitéis desde allá, pues que sois mujer valerosa y señora, pues que ya estáis para siempre en el lugar del goce y de la bienaventuranza, donde para siempre habéis de vivir. Ya estáis con nuestro señor, ya le veis con vuestros ojos y le habláis con vuestra lengua. Rogadle por nosotros, habladle para que nos favorezca, y con esto quedamos descansados (Krickeberg, 1980: 38).

Por lo que se refiere propiamente a las ceremonias y ritos mortuorios que practican los nahuas, se hayan diferentes escritos en estudios etnográficos,

que se presentan a continuación en forma extensa debido a lo detallado y preciso de su contenido.

De acuerdo con la investigación realizada por Hugo G. Nutini y Barry L. Isaac en los pueblos de habla náhuatl de Tlaxcala y Puebla, en Pahuatlán, municipio donde se ubica Xolotla, el velorio de un niño y de un adulto difieren entre sí. El primero es “alegre, con música y mucho aguardiente, pero el de un adulto es solemne. Todos los que asisten al entierro dan limosna o comida a la familia del difunto. En los pueblos se hace una comida en casa del finado después del entierro, pero esto no se acostumbra en el centro” (Nutini y Barry, 1974: 247).

Mounsey Taggart, en su estudio realizado en 1991 en una comunidad nahua, sobre la estructura de los grupos domésticos, describe los ritos mortuorios de esa población de la siguiente forma:

Los sepelios tienen lugar a las veinticuatro horas del fallecimiento. Si los padrinos del difunto viven todavía, deben vestir el cuerpo con ropa nueva y pagar el ataúd, pero si murieron o no quieren o no pueden, entonces, los deudos más cercanos cumplen esa obligación. Escogen además un padrino de Cruz, de preferencia de sexo opuesto al del difunto. Generalmente se escoge a un amigo

o pariente cercano pues el padrino de bautizo del difunto tiene otras obligaciones. El padrino de Cruz tiene que arreglar el novenario de rosarios que siguen al día del entierro (...). Si no se encuentra un padrino de cruz, los deudos inmediatos asumen el cargo. Entre otras obligaciones, deben mandar hacer dos cruces de madera; una grande que se lleva al cementerio al noveno día del entierro y otra pequeña que se queda en el altar familiar.

Amigos, parientes y compadres velan los cadáveres toda la noche. El día del entierro los deudos visten el cuerpo con ropa nueva y, ya en el ataúd, le colocan en la habitación principal de la casa, frente al altar. La caja se cierra y se clava en el último momento. Los cadáveres se cubren con un lienzo, a menos que se trate de un infante muy pequeño. Los dolientes van llegando a la casa con flores, velas, maíz o dinero y los deudos piden a parientes cercanos y amigos íntimos ayuda para costear el entierro. Las ofrendas se colocan al pie del ataúd, a menos que se trate de animales vivos. La familia del difunto enciende las velas alrededor del cadáver. Los deudos cercanos no trabajan en la cocina, pero parientes y amigos ayudan a preparar el café, los frijoles, el mole de puerco y las tortillas que se ofrecen a los

dolientes. No hay reglas que determinen cuáles son los parientes o amigos que deben ayudar; generalmente cualquiera de los presentes se considera amigo de confianza.

Temprano en la tarde se reza el rosario antes de llevar el ataúd al cementerio, pero antes hay que encender siete velas rodeando el ataúd y sahumar todo con incienso. Al momento de partir los amigos íntimos, los parientes consanguíneos, de afinidad o rituales se acercan a dar la última despedida. Inmediatamente empiezan los lamentos. Más mujeres que hombres se acercan al ataúd, inclinándose como si fueran a besar el cadáver, pero sin tocarlo y expresando su pesar y la injusticia de la muerte. Se clava la tapa y se inicia el cortejo fúnebre. Mujeres con ramos de flores y velas encendidas preceden el cadáver. Al atravesar el pueblo, los transeúntes se descubren respetuosamente ante el ataúd. En la tumba, cavada previamente, se baja el ataúd y la gente arroja unos cuantos puñados de tierra antes de cubrir la tumba. Al terminar colocan encima las flores y las velas encendidas y colocan una cruz para señalar el lugar.

En la noche del entierro y las ocho que siguen, se rezan rosarios por el descanso del alma del difunto, ya sea que los dirija el

padrino de Cruz u otra persona. Antes de empezar el rezo se encienden nueve velas y con el incensario encendido se hace la señal de la cruz. Al terminar, la familia ofrece a los concurrentes café y pan. Generalmente asisten, además del padrino de Cruz, los amigos y los parientes de la familia. Para la novena noche, el padrino de Cruz debe tener listas las dos cruces benditas ya por un sacerdote (...).

La novena noche comienza igual que las otras. El padrino de Cruz coloca las dos cruces ante el altar, se reza el rosario y todos los asistentes se preparan a partir para el cementerio. El padrino retira las cruces y con una en cada mano, se coloca de espaldas al altar. Los asistentes forman una valla a cada lado, sosteniendo ramos de flores y velas encendidas. Las mujeres que ayudan en la cocina y los deudos inmediatos del difunto se quedan atrás, se inclinan ante las cruces, simulando besarlas, el padrino deja la cruz pequeña en el altar y llevando la grande, parte a colocarla en el cementerio, junto con las velas y las flores que llevan los dolientes. Se dicen unas cuantas oraciones y todos regresan a la luz de las velas o de linternas eléctricas. Al dejar el cementerio es necesario encender un cigarrillo para ahuyentar a los espíritus.

Llegados a la casa del difunto, se sirve una cena de tamales de pollo y de puerco, frijoles, café y pan. El aguardiente circula como de costumbre. El dueño de casa exhibe grandes cazuelas de pollo o guajolote que regalará al día siguiente al padrino de Cruz.

En el primer aniversario de la muerte el padrino debe tener preparadas dos cruces nuevas, hacerlas bendecir y llevarlas nuevamente a casa del difunto. Al anochecer el padrino y unos cuantos amigos íntimos llegan a casa del difunto donde se les recibe en la puerta con el incienso de costumbre. El padrino coloca las cruces en el altar, prepara el sahumerio con el que hace la señal de la cruz y se reza el rosario. Al terminar, el anfitrión ofrece café y pan. Lo mismo que en la última noche de la novena, el padrino se para de espaldas al altar sosteniendo las dos cruces y las mujeres hacen la reverencia y le dan el beso simulado. El anfitrión reparte flores y velas a quienes formarán el cortejo, los cuales se colocan en dos filas. El padrino, llevando la cruz grande, abre la marcha entre las dos filas para dirigirse al cementerio. Coloca en la tumba la cruz, las flores y unas velas y, sin rezar ninguna oración, el cortejo regresa a la casa donde le espera una cena de mole de guajolote y de puerco, tortillas y café. El padrino

recibe la mejor pieza, generalmente el muslo del guajolote (...). Como es de rigor, circula el aguardiente y los cigarrillos y la velada se prolonga hasta el amanecer. Cuando todas las visitas se han retirado, el dueño de casa coloca cazuelas de mole y tortillas ante el altar como ofrenda al alma del difunto (: 68-71).

Para los niños, describe Mounsey Taggart, no siempre se reza el novenario ni tampoco hay siempre padrino de cruz. Esto por la creencia de que los niños, al ser “angelitos inocentes”, no lo necesitan (1991: 71).

Por su parte, García Moll relata los preparativos para enterrar a algún difunto en la población nahua de Concepción Cuautla, Tecali, al sur del Valle de Puebla, que consisten en:

(...) vestir al difunto con su mejor ropa, colocando el resto de ella en el fondo del ataud (sic) y como almohada, exceptuando huaraches o zapatos y sombrero. Se le calzan huaraches tejidos con palma bendita, así como una cruz también de palma, esta se le coloca entre las manos sobre el pecho. Dichos objetos son confeccionados por los ancianos del pueblo. A un lado de la cabeza se deposita una estampa enmarcada de algún santo, generalmente el de la Purísima Concepción por ser patrona de

este pueblo. Por último se pone dentro del ataud (sic) vasijas de barro. En el caso de los adultos, estos son colocados dentro del ataud (sic) por sus familiares, y los niños por sus padrinos.

Durante el velorio es colocada la caja sobre una mesa forrada de negro, con cuatro cirios, y adornada con flores blancas si es niño y rojas si es adulto; del techo son colgados cuatro listones de colores, que son fijados en cada una de las esquinas de la habitación.

Durante el velorio y en el trayecto al panteón se reza el rosario; la fosa es cavada por voluntarios, nunca por los familiares. A los nueve días es colocada sobre la tumba una cruz; en el primer aniversario se coloca una segunda, y en el segundo aniversario la tercera y última, que es retirada al año siguiente para ser venerada en la casa de los familiares (1972: 393).

4.2 Todos Santos

En toda la región náhuatl destaca el Día de Muertos porque presenta un sincretismo de elementos prehispánicos y católicos, afirma Lilian Scheffler (1992: 163).

Cabe mencionar que para abordar el tema de los Fieles Difuntos se incluyen, además de la revisión bibliográfica, algunas reflexiones de un indígena de la comunidad de Xolotla por ser originario del lugar de la producción.

Alberto Hernández Casimira, indígena nahua de Xolotla, Pahuatlán, explica en sus documentos inéditos, cómo la fiesta de Todos Santos se prepara con tres meses de anticipación sembrando el *zempoalxóchitl* (flor de muertos) que será un elemento fundamental en dicha celebración.

Ya para finales de octubre, se corta la flor y se adquiere en los mercados los necesario para las ofrendas (Scheffler, Lilian. 1992, 163).

Formalmente las plazas para la compra y venta para estas fiestas empiezan por lo regular una semana antes. El precio principalmente del guajolote, gallos o gallinas lo decide la oferta y la demanda, claro que también se vende el camote dulce, la

jícama, el plátano y sin pasar por alto el pan de muerto (Documentos inéditos de Alberto Hernández Casimira).

Todos los elementos que se colocarán en el altar son bendecidos por el sacerdote unos días antes para darle, según Hernández Casimira, un “valor cristiano al evento”. El 31 de octubre se hacen los últimos preparativos “sacrificando animales, armando el altar de muertos, barriendo los caminos que llevan a las capillas y al panteón”. Ese mismo día, a las 12 horas, comienzan a repicar las campanas de la iglesia para darles la bienvenida a los difuntos (Documentos inéditos de Alberto Hernández Casimira).

Rural Tlaxcalans relieve that the souls of the dead begin to return to where they lived in this world at 3 p.m. on October 31. It is important that the household altar be arranged and decorated before the souls of the dead arrive, if at all possible (Nutini, 1988: 148).

El 31 de octubre es dedicado a los niños difuntos y las campanas de la iglesia repican festivamente pues los infantes no tienen pecado alguno y son exentos de penalidades. Mientras las almas de los niños estén presentes no debe haber cohetes pues “podría causarles miedo por su tierna edad” (Documentos inéditos de Alberto Hernández Casimira).

The practice of honoring dead infants and children by placing on the household altar items of clothing, sweets, and treats that they particularly liked while they were alive is more pronounced, elaborate, and generalized in the case of dead adults (Nutini, 1988: 148).

Hernández Casimira comenta que, a partir del mediodía del 2 de noviembre, las campanas suenan de un modo luctuoso, pues llegan los difuntos adultos. Cigarettes, liquor, musical instruments, work utensils, and so on, are added to the items on the household altar (Nutini, 1988, 148).

Para que las almas lleguen al altar se coloca una cera por cada difunto de la casa y es llamado por su nombre. Para que los difuntos coman del altar, debe estar la familia frente la ofrenda “y en este espacio nadie se debe de mover frente del altar, salvo por extrema necesidad, pues la presencia de las almas de nuestros seres queridos merecen sumo respeto” (Documentos inéditos de Alberto Hernández Casimira).

Hugo G. Nutini (1988: 169-182) numera algunos de los elementos que existen en los altares de los nahuas de Tlaxcala: Pan (muñecos de pan, pan de muerto, tortas, cocolos y cuernos), dulces (calaveras de azúcar, dulces de azúcar, galletas de muertos, calabaza de horno, dulces cubiertos, frutas

confitadas, ates, gelatinas y ponche), comida (mole de guajolote, mole de pipián, mole prieto, pescado con torta de habas, chicharrón en salsa verde, tamales, enchiladas, pellizcadas, chalupas, gorditas y memelas), fruta (naranja, mandarina, limón, piña, chirimoya, guanábana, pera, melón, jícama y nopalitos), bebidas (agua, leche, pulque, miel y aguardiente de caña), flores (*zempoalxóchitl*, nube, gladiola, crisantemos, gardenias, flores silvestres y palmas) y adornos (manteles, servilletas, petates, papel picado, listones, candeleros, *copacaxitls*, incensarios, velas, veladoras, canastas, *chiquihuites*, santos, cruces y retratos de difuntos).

Existe otro altar afuera de la casa que es para los difuntos desconocidos. Dicho altar es sencillo, con una sola vela encendida “indicando con esto que ahí comerán todos los que no son de la estirpe” (Documentos inéditos de Alberto Hernández Casimira).

La mañana del 2 de noviembre las mujeres preparan una canasta con pétalos de *zempoalxochitl* bañados de agua bendita. Dichos pétalos son esparcidos formando un camino que va del altar a la calle para que las almas puedan encontrar el camino de regreso. “(...) the people believe that, although dead souls cannot see, they have well-developed senses of hearing and smell” (Nutini, 1988: 149).

Toda la familia está involucrada en este acontecimiento y cada uno desempeña un papel en la celebración. Hernández Casimira afirma que “los que no prestan ningún interés a la celebración son castigados por sus difuntos con mareos, calentura e incluso hasta con la muerte” (Documentos Inéditos).

With respect to Todos Santos, specifically, we do not know how it was presented to the indians, how they treated it in their own religious thinking, and whether the friars played a direct role in its syncretic transformation. Again, one must emphasize the primarily private, household development of Todos Santos, as the result of the downplay of the complex's public pre-Hispanic components by all religious authorities. (...) a fairly reliable picture of the syncretic development of Todos Santos can be pieced together (Nutini, 1988: 85).

5 Monografía de Xolotla

5.1 El municipio de Pahuatlán

Pahuatlán, de acuerdo con su monografía obtenida en el lugar y que a continuación se resume, es uno de los 15 municipios que conforman el distrito de Huauchinango. Se encuentra a 32 kilómetros de distancia de esta cabecera. El municipio de Pahuatlán se halla sobre una pequeña planicie en las laderas de los cerros de Ahila y del Señor Santiago. Constituye el corazón de las cordilleras de la Sierra Madre Oriental en la Sierra Norte del Estado de Puebla.

El municipio de Pahuatlán limita al Norte con el Estado de Hidalgo, al Noroeste con el municipio de Chila Honey, al Sur y al Este con el municipio de Naupan, y al Noreste con el municipio de Tlacuilotepec, todos ellos del Estado de Puebla.

El nombre de Pahuatlán, según el doctor Antonio Peñafiel, en su Nomenclatura Geográfica de México del año de 1895, tiene la siguiente raíz etimológica: “Pahuacan. Pahuac – can, de origen y lengua mexicanos: lugar de grandes ahucates (sic) llamados pahuas” (citado en Monografía de Pahuatlán: 12).

Por su parte, el profesor Felipe Franco en su *Indonimia Geográfica del Estado de Puebla*, asegura que Pahuatlán procede “de los vocablos aztecas Pahuatl, que según el vocabulario del P. Motolinia quiere decir ‘fruta’ y la desinencia tlan, adverbio que indica junto o entre”. Por lo que Pahuatlán significa “junto a la fruta o entre los frutales” (citado en *Monografía de Pahuatlán*: 13).

Cabe mencionar que, según Hugo Nutini y Barry Isaac, Pahuatlán antes de la conquista recibía el nombre de Ixpanohuantlale (lugar de cañas) (1990: 239).

En cuanto a su hidrografía, la zona de Pahuatlán cuenta con los ríos Pahuatitla, Chixtla y Mamiquetla; este último da origen al Río San Marcos o Cazonas.

El clima de esta región es variado; va del frío al templado, con lluvias todo el año, principalmente en verano. Además de temperaturas, en el mes más frío, de 0°C. y, en el mes más cálido, superiores a los 18°C.

En este municipio se encuentran las grutas de El Saltillo, Manantiales y Grutas de Cazonas, además de las ruinas de Xolotla.

Se cultiva café, maíz, frijol, caña de azúcar, manzano, membrillo, plátano, durazno, guayaba y zapote blanco, entre otros. La fauna silvestre abarca desde el venado y el conejo, hasta reptiles y batracios, pasando por el tejón, la ardilla, los tlacuaches, las aves canoras, el gato montés y un sinnúmero de insectos. La flora está compuesta por plantas ornamentales como camelias, orquídeas, rosales, azaleas, claveles, geranios, etc.

El municipio de Pahuatlán está integrado por comunidades mestizas como la Villa Pahuatlán de Valle y el pueblo de Zoyatla, otomíes como el pueblo de San Pablito y la ranchería de Zacapehuaya, y nahuas como los pueblo de Atla, Atlantongo, Mamiquetla y Xolotla. Cabe resaltar que la región de habla otomí se haya separada de la zona náhuatl por el cruce de un río.

5.2 Origen del municipio

Los otomíes fueron la raza autóctona de Pahuatlán, que estaban limitados al Norte por los pueblos nahoas. La región forma parte de lo que en la época prehispánica se consideraba el Totonacapan. Sin embargo, cuando los totonacos perdieron fuerza política y militar por conflictos internos y por invasiones chichimecas y olmecas de Tlaxcala, fueron desalojados de la zona, con lo que poco después Pahuatlán estuvo habitada

predominantemente por aztecas y otomíes, con tan sólo algunos totonacos.

5.3 Xolotla y el rey Xólotl

Conocido como el caudillo chichimeca, el rey Xólotl fue originario de Xolotla. En un folleto publicado en el año de 1938, el señor Regino Cruz apunta: “...el sabio sacerdote Barreda, en opúsculo que dejó escrito, afirma haber encontrado la prueba de que Xólotl, el caudillo de los chichimecas, fue originario de Xolotla, quien convocó a sus aliados otomíes para hacer la guerra al Imperio Tolteca, siendo Pahuatlán el punto de reunión, lo que tuvo lugar en el año de 1120” (citado en Monografía de Pahuatlán: 13).

De acuerdo con lo que relata don Alberto Hernández Casimira, indígena originario de Xolotla, en una entrevista realizada en 2002, el rey Xólotl contrajo matrimonio con la señora de la comunidad Tomeyado, Tantimás, con lo que se unen los dos grandes reinos, el de Tantimás y el de Xolotla. Este gran y nuevo imperio, que contó con un gran séquito, se une con la comunidad otomí de San Pablito para emprender la llamada conquista de Tula en contra de los toltecas en el año 5 tecpatl 1120.

La conquista de Tula significó para Xolotla, según don Alberto, el paso de una vida “salvaje”, en donde el pueblo se alimentaba de los frutos de la tierra sin que se cultivara a la comunidad, a una forma de vida en la que se comenzó a trabajar la tierra, aunado esto al desarrollo del arte.

Los chichimecas llegaron al Valle de México comandados por Xólotl, pasando en su peregrinaje por Cuextlán, Chocoyan, Cohuatlycamac, Tepenenetl (fundada por ellos), Tula, Mixquiyahuallan y Actopan hasta llegar a Xolox cerca de Xaltocan.

De acuerdo con el jeroglífico Tlotzin, Xólotl mandó a su hijo Nopaltzin y a sus principales guerreros para tomar posesión de la tierra, para lo cual se realizaba un acto solemne que consistía en subir a las montañas más altas. Ahí un guerrero disparaba una flecha a cada uno de los puntos cardinales, se formaba una rueda de hierba y se encendía una hoguera practicando ciertas ceremonias. El primero en realizar la ceremonia fue el mismo Xólotl, y se llamó al territorio ocupado Chichimecatlalli, que comprendía desde el Xinantecatli, o Nevado de Toluca, a Malinalco, en el Estado de México; a Itzocan y Atlixco, en el de Puebla; al Poyauhtécatl o Cofre de Perote, en Veracruz; volviendo a Cuauhchinanco en el de Puebla, extendiéndose hasta Atotonilco, en el de Hidalgo, y terminando en Cahuacán, en el Estado de México.

En la entrevista realizada a Alberto Hernández se puede encontrar, aún en la época actual, una reminiscencia de este territorio. En Xolotla, comenta don Alberto, existen santuarios en donde los brujos, también llamados “profetas”, acuden a colocar ofrendas a sus dioses para curar a las personas con hierbas, copal, papel, etc., o para hacer el mal, e incluso matar a otros. “Hay días propios digamos para que esas personas sanen, no cualquier día, que son los lunes, miércoles y jueves, o sábados o domingos. Para una persona que mata, una persona puede decir que es una persona que invoca a los espíritus malos (...). Esa ofrenda hacen los martes y viernes, y (la) hacen (en) lugares distintos en donde concurren las personas que sanan” (2002). Uno de los lugares a donde acuden las personas que matan, dice don Alberto, es el Chichimecatlalli, que reconoce como un santuario milenario, por el cual atravesaron varias máquinas que lo destruyeron, “(...) y yo precisamente yo, a mí me preocupa esto realmente, digo yo no sé como las mismas autoridades son realmente insensibles” (2002).

Una señora de Xolotla, llamada María Francisca, y que participó aportando información para el libro *México Desconocido*, continúa don Alberto, soñó que un hombre que se identificó como el mismo rey Xólotl, le dijo:

yo soy fulano de tal, y a mí dice, me amuina porque, porque primero debajo de mi casa este perforaron dice, metieron un camino con máquina y luego para atrás dice, metieron máquina dice, y para acabar pronto enfrente de mi casa pasan este, meten la máquina, que destruyen el patio de mi casa dice, esto no se va a quedar así dice'. Y según dice esta señora, que ha habido muchos accidentes así automovilísticos ahí cerca de ese cerro y dice ella que, que sí es este, este por venganza. Según dice ella y dicen, dice ella que es por el rey Xólotl, según es lo que ella comenta (2002).

El rey Xólotl murió en el año trece tecpatl 1232. Su cuerpo yace en una de las grutas de Tenayocan. A su muerte fue nombrado como sucesor del imperio chichimeca su hijo Nopaltzin.

Entre los escritos de don Alberto Hernández se encuentran poemas dedicados a Xolotla y su gente (Apéndice 1).

La comunidad nahua de Xolotla, comenta don Alberto, ha convivido con diferentes grupos indígenas: totonacos, otomíes, etc. La relación existente entre Xolotla y los otomíes de San Pablito ha sido calificada por don Alberto

como milenaria. Son pueblos amigos que comparten muchas costumbres, a pesar de la diferencia en el idioma.

Hay mucho compartimiento en la forma de creer en las cosas como, en los ritos y en todo. (...) San Pablito y Xolotla han convivido juntos, más no han venido a conquistar los de San Pablito ni los de Xolotla han ido allá, pero se ha convivido en cierta armonía, en clima de armonía. (...) cuando surge la efervescencia para ganar la presidencia municipal por parte de pueblos indígenas, Xolotla y San Pablito se organizan, se fracasa en 1998, en 2001 se comienza otra vez con el nuevo empuje, con el nuevo brío y se gana la presidencia municipal. (Entrevista a Alberto Hernández, 2002).

De acuerdo con las creencias del lugar, existen tres tipos en las que los seres humanos se pueden transformar. La primera de ellas son los nagueles, que son personas que se convierten en agua, rayo, fuego, etc. aquello que no es precisamente un animal. “(...) los nagueles sirven para muchas cosas, para lo positivo y lo negativo”, comenta Alberto Hernández (2002).

La segunda forma es en mucuepandi, en donde las personas se convierten en animales: perros, gatos, ratones, víboras, etc.

Un hombre que se convierta en animal y quiera que pase inadvertido, que no lo conozcan, ahora sí que no lo atrapen, se puede convertir en una ratón, en un mosco, en una pulga y fácilmente por ejemplo hay lugares donde se mete un ratón y a lo mejor ese ratón no es ratón, es ser humano convertido en ratón y va a espiar, va a escuchar, va a espiar a alguien para ver a dónde va, qué hace, para después eliminar a esa persona o no sé que. Va pues como espía más que nada (Entrevista a Alberto Hernández, 2002).

Finalmente, un ser humano se puede convertir en tlahuepochi, que son aves como guajolotes que atacan a los niños recién nacidos llevándoselos o arrojando su baba sobre ellos para matarlos. Son, dice don Alberto, como una especie de vampiros. “Un niño debe tener en la cabecera del niño o donde esté la mamá con su hijito debe tener este, tijeras, agujas, cuchillos o machetes o incluso un sombrero como material de defensa (...). Pero eso también como yo les digo son maldiciones que digamos que, que hace la gente, son maldades que hace la gente y comisiona a un tlahuepochi para que haga esto, para que mate la gente” (Entrevista a Alberto Hernández, 2002).

6 Sincretismo religioso en las ceremonias mortuorias y Fieles Difuntos de la comunidad náhuatl de Xolotla, Pahuatlán, Puebla

El siguiente tema es resultado de la investigación de campo realizada en la población de Xolotla, Pahuatlán, Puebla, durante el período comprendido entre los meses de febrero y diciembre del 2002. El presente es una recopilación de datos obtenidos a través de entrevistas, escritos y observaciones a los pobladores de esta comunidad náhuatl.

6.1 Ceremonias mortuorias

Los ritos funerarios en Xolotla adquieren gran importancia, en ellos se destaca la creciente adquisición de elementos católicos más que indígenas, se aprecia cómo las antiguas costumbres van perdiendo fuerza en cada uno de los ritos; lo anterior se reconoce en la falta de conocimiento, por parte de la población, de la mayoría de los elementos indígenas, alegando su uso "por costumbre", o porque así les enseñaron los abuelos.

La vida diaria de Xolotla puede ser interrumpida cuando comienzan a repicar las campanas de la iglesia anunciando el fallecimiento de una persona. El rumor de la muerte de alguien corre muy rápido, y la gente visita a los

familiares para acompañarlos en el velorio. Esto se pudo constatar cuando murió el niño Oscar Daniel, cuyo velorio y entierro fueron fundamentales para apoyar las entrevistas realizadas a algunos habitantes de Xolotla. Melitón Cruz Galindo, seminarista indígena, afirma que Xolotla es un pueblo unido y que la gente asiste a los velorios “no tanto para ser un espectador sino para solidarizarse con su maíz, con su granito de arena, con lo que sea”.

La preparación del cadáver, como relata Melitón Cruz, consiste básicamente en el baño que se realiza con hierbas aromáticas. Esta costumbre obedece al pensamiento náhuatl donde la pureza y la limpieza simbolizan "quitarle todas las cosas de este mundo, las cosas malas". Al término del baño se procede a vestir al difunto con ropa nueva que incluso es comprada aún en vida, aunque esta modalidad varía según sea adulto o infante.

En el caso de los niños se le viste como “angelitos”, San José, la Virgen o algún otro santo, lo que nos permite reconocer el grado de cristianización de este rito. En los adultos, por el contrario, se procede a vestirlos con sus ropas cotidianas (naguas, calzón de manta, pantalón) y colocarles las herramientas que en vida utilizaron para ejercer su trabajo.

Los que asisten a velar al difunto llevan, como dice la señora Ester Conde, “muchas cositas” como café en polvo, frijoles, azúcar o hasta dinero. Todo esto es para que los familiares le ofrezcan de comer a los asistentes. La comida y la cerveza son repartidas en forma abundante y no existe la posibilidad de rechazarlas, pues los familiares se ofenderían. Por cada taza de café se dan de tres a cuatro piezas de pan. El mole se sirve en plato hondo con una pieza grande de guajolote que puede ser desde una pierna hasta un pescuezo. Esto se acompaña con arroz y tortillas; además de plátanos y chayotes, conocidos en la región como "espinosos". La cerveza se sirve una tras otra y a toda hora.

Melitón Cruz dice que el dar comida en un velorio es parte de su cultura, como para agradecer a los que los visitan. “Es como un agradecimiento, hay gente que se la pasa todo el día aquí acompañando o ayudando, pues lógico hay que darle de comer porque sí tienen hambre ¿no?”

Los familiares, antes de repartir la comida a los asistentes, colocan un plato de la misma a un costado del ataúd. Alberto Hernández, indígena dedicado a investigar sobre la región, comenta que “en la hora de que se reparta el café o la comida, también se le tiene que poner al difunto su plato y su taza; porque nos damos cuenta que el difunto ahí vive, ahí está”.

Es curioso observar que todas las personas van preparadas al velorio con una bolsa de plástico para guardar ahí la comida sobrante. En la misma bolsa echan el mole, el pan y hasta los plátanos. Los que no van preparados colocan la comida en sus rebozos o sombreros.

Otro elemento que no puede faltar durante un velorio es la música de banda. En Xolotla existen dos reconocidas organizaciones musicales "Banda Géminis" y "Banda 12 de Diciembre", la importancia de éstas en la región es grande, constantemente son contratadas por los pueblos vecinos para acompañar diversas celebraciones que van desde bodas hasta velorios. Cuando una persona muere es importante contratar a una de las dos bandas del pueblo. La música fue compuesta por gente de la región especialmente para los velorios y entierros. Alberto Hernández las define como melodías melancólicas ya que, según él, no fueron compuestas con la concepción indígena, sino que fueron hechas por gente evangelizada. Afirma que si las "personas que compusieron la música hubieran percibido la muerte de una manera a como los indígenas nos damos cuenta, hubieran escrito música festiva pues ahí no cabe ningún sufrimiento (...) pero todo ya viene muy cristianizado".

Anteriormente, la música era para todos los difuntos, sin importar su condición social. Sin embargo, Melitón Cruz comenta que ahora es sólo para

los que cuentan con recursos para solventar el pago de una banda. No obstante, a pesar de significar un fuerte gasto, la mayoría de las personas lo hacen, ya que para ellos la música de banda durante el velorio y entierro es muy importante.

Una creencia sobre los velorios es que la basura que se genere durante esos días no debe tirarse, sino que debe acumularse en un rincón. Como dice Alberto Hernández, “si se tira ese montoncito de basura puede ser que también el alma del difunto la tiramos”. Esta basura puede desecharse hasta que el difunto es enterrado.

En los velorios se contrata a un rezandero que se encarga de dirigir los rosarios y los cantos. Alberto Hernández considera necesarios los rosarios en un velorio ya que, según él, son para depurar los pecados del difunto. De igual forma comenta que antes no se realizaban rosarios y que “únicamente se le sepultaba, y la tarima donde se acostaba el difunto, el ataúd del difunto, ahí queda durante cuatro días. Ya pasando cuatro días ya se desbarata la tarima y la basura ya se tira. Se piensa que en esos cuatro días ya se fue el difunto”.

Al terminar el velorio, suena una campana pequeña anunciando que iniciará la procesión hasta la iglesia. Durante el recorrido la banda de música va

tocando algunas melodías y toda la gente lleva flores y velas, un familiar va regando pétalos por el camino. Este hecho no pasa desapercibido por la gente del pueblo, ya que al escuchar a la banda, salen de sus casas para presenciar el paso del difunto y algunos se suman a la procesión.

La procesión que sale de la casa del difunto llega a la iglesia para que se lleve a cabo una misa de cuerpo presente. Por lo regular, la misa no se puede realizar por la falta de un sacerdote; en ese caso se efectúa una celebración dirigida por un ministro, que es una persona del pueblo autorizada y capacitada para ello.

El ataúd es puesto sobre una mesa frente al altar y los familiares se colocan alrededor. Todo el tiempo un miembro de la familia está sahumando el ataúd con copal, mientras el ministro lleva a cabo la celebración en náhuatl.

Al terminar, los familiares cargan de nuevo el ataúd y salen de la iglesia junto con los acompañantes para seguir la procesión hasta el panteón.

Generalmente a las mujeres se les entierra con su huso, malacate, hilos y agujas, ya que en Xolotla la artesanía más importante es el tejido. A los hombres se les sepulta con un machete de madera o con una coa, herramientas propias del campesino. Otras costumbres que nos señala Ester Conde, son despedazar las monedas y "cargárselas" al difunto para

que "tenga qué gastar allá", al igual que ponerle un pollo entero o itacates. La costumbre de los itacates todavía es muy socorrida por los pobladores de Xolotla, ya sea por convicción o por mera costumbre. Un aspecto interesante en torno a los itacates es que se deben colocar siete, porque como nos refiere Melitón Cruz, el siete es "número de perfección", un número de "eternidad, de abundancia". Los itacates son bolas de masa o de ceniza. Los de masa, acompañados por frijol o garbanzo, son para que el difunto tenga qué comer en el más allá. Los de ceniza, que además llevan zacate y tequezquite, adquieren un simbolismo muy remoto, que se expresa en la creencia del Mictlán o "Mictla", como se le nombra en Xolotla. Melitón Cruz refiere que "ya sea para la divinidad o ya sea para el Mictla" se les pone a los difuntos su dotación de estos itacates para que pasen por el camino:

Supuestamente durante el viaje o por donde va a pasar el espíritu del difunto, va a encontrar muchos obstáculos. Va a encontrar un río y tiene que pasarlo un perro y si durante la vida maltrataste al perro no te va a pasar en ese río, entonces no maltrates a los perros para que en la otra vida te ayuden a pasar el río. Bueno, ese es el primer obstáculo. El otro obstáculo es que vas a encontrar animales, por ejemplo, borregos o chivos, etcétera, que

no te van a dejar pasar. Entonces ¿cómo vas a pasar? echándole esos itacates de zacate con ceniza para que les echas y mientras se entretienen tú te pases. Esa es la concepción. Por eso se les echas también eso.

Inclusive durante el entierro se representa este paso a la otra vida. Alberto Hernández Casimira, campesino de Xolotla, relata que:

(...) una persona que se sepulta a la manera indígena tienen que ponerle en el quicio de la puerta una jícara, y esa jícara es el puente entre la vida de este mundo y la del más allá. Pero también se dice que el puente debe contener un río, o sea, es un río que divide la vida de este mundo y la del más allá. Y cuando digamos se tiene que pasar ahí en el quicio de la puerta para sacar al difunto y llevárselo al campo santo tienen que pisar esa jícara y quebrar la jícara, tiene que quebrarse la jícara para que se tenga ese sentido que el difunto ha pasado de aquí al más allá, ha atravesado de esta vida a la otra.

El proceso para despedir al difunto no termina en el entierro ya que, como dice Ester Conde, “si lo estimaron en vida tienen que hacerle su novenario”. Severiana Hernández cuenta que en el novenario de su abuela María

Candelaria, que también fue observado, “mataron guajolotes, pollo y todo y también hicieron mole para los padrinos y los invitados”.

A los ocho días de que murió el difunto se realiza un acto similar a un velorio, sólo que en lugar de que se vele a una persona es a la santa cruz. Para esto se busca a un padrino o madrina que presente la cruz a los familiares. Alberto Hernández dice que “si el difunto es hombre debe tener un padrino y si es mujer pues tiene que ser madrina y esa madrina tiene que comprar la cruz, hacer que se bendiga y llevarla a la casa del difunto”.

El padrino o madrina debe iniciar una procesión con la cruz, desde su casa hasta la del difunto. Durante el recorrido, que es una noche antes de los nueve días, los acompañantes llevan una vela y el padrino va encabezando la procesión con la cruz. Es importante que vaya un rezandero pues se van cantando alabanzas a la santa cruz.

Media calle antes de que la cruz llegue a la casa del difunto es recibida por los familiares. La procesión se detiene y se comienzan a cantar alabanzas para la cruz: una estrofa es cantada por los familiares que acudieron a recibir la cruz y otra por los acompañantes del padrino. Se intercalan las estrofas hasta que termina el canto. Al terminar estas alabanzas, los familiares pasan a besar la cruz con el copal para sahumarla.

Este acto se repite en la puerta de la casa, y al terminar se entrega la cruz a los familiares. Esta se coloca sobre una mesa similar a la que sostenía al ataúd. En principio el altar sólo tiene velas, flores y copal, pero conforme transcurre la noche se va llenando con comida.

Durante toda la noche se vela la cruz con rosarios y cantos. Alberto Hernández explica que “después del primer rosario ya se reparte el café por parte de los caseros a todos los convidados y después de haber tomado el café la gente viene el segundo rosario y después del segundo rosario ya viene la comida o la cena con mole y todo”. La comida se reparte en orden de importancia es decir, primero se coloca un plato en el altar para el difunto, después se le sirve al padrino de cruz y a los rezanderos y por último al resto de los asistentes.

Al igual que en los velorios, la comida y la cerveza se sirven en forma abundante, y los asistentes llevan sus bolsas para guardar la comida sobrante. Alberto Hernández dice que cuando amanece, la cruz es levantada por un niño o una niña, según el sexo del difunto. Comienzan los cantos para alabar a la cruz y los familiares pasan a besarla antes de que sea llevada al panteón.

Alberto Hernández comenta que después de despedir a la cruz “se procede a desbaratar el altar y repartir toda la comida que tiene el altar; que pan, que café, que mole, que tamales, que naranja, lo que tenga ahí. Se reparte a toda la gente. El padrino o madrina tiene que repartir”. Es en este momento cuando la cruz es llevada a la iglesia para ser bendecida y después al panteón para colocarla en la tumba del difunto.

6.2 El camino al más allá

En Xolotla se expresa claramente el sincretismo en el concepto náhuatl de Mictlán, pues es traducido como el Infierno, adquiriendo así un sentido negativo. "En la concepción cristiana podríamos decir que es el Infierno; porque así en náhuatl el Mictlán es el lugar de los muertos, o sea donde no hay vida, donde no hay luz, todo es tiniebla, lugar de la nada por así decir", asegura Melitón Cruz. El sincretismo del concepto del Mictlán está tan arraigado en la población, que se tiene la creencia de que todo aquél que en vida terrenal tenga una actuación negativa irá al Mictla en contraposición al pensamiento original en donde los que iban al Mictlán era por la forma en que morían, independientemente de su actuación en el mundo.

En el pensamiento náhuatl se tiene la concepción de que la vida sigue después de la muerte, incluso de una manera muy similar a la de este mundo, con necesidades materiales que se expresan a través de los elementos que se le cargan al difunto. Es una “eternidad expresada en las cosas que le cargan al muerto”. “El difunto no desapareció para siempre, sino que está en otra dimensión pero está vivo”, afirma Melitón Cruz. Por esta razón se les carga comida, herramienta y dinero porque se cree que la vida en el más allá no es muy diferente a ésta, "es como si se mudara de su casa al panteón". Esto contradice la concepción católica de la vida en el más allá, que es esencialmente espiritual.

También se acostumbra ponerle al difunto un “guajito” de agua con un animalito que se asemeja a un camarón, llamado “chacal”. Los chacales en el pensamiento náhuatl son "signo de vitalidad" porque, como comenta la señora Gloria Hernández, “es en los manantiales donde hay esos animalitos, esa agua es que no, nunca se seca, entonces por eso les ponen ese animalito, con su agüita, para que nunca se les acabe el agua (a los difuntos)”.

Otra concepción en torno a la vida en el más allá es la que relata Alberto Hernández Casimira:

(...) según aquí se cuenta que los difuntos no mueren, que se convierten en una mariposa, en un insecto más que nada, porque dicen que cuando alguien ya va a morir, empiezan a meterse los insectos, por ejemplo, las avispas, un enjambre. Y en ese insecto, en ese enjambre, en ese insecto pues está el alma de alguien.

Para los pobladores de Xolotla, el Cielo se concibe como un lugar muy parecido al mundo, y en otras ocasiones como un lugar meramente espiritual. Es quizá el punto de referencia, tanto de la concepción náhuatl como de la católica, la presencia de Dios en el Cielo. Melitón Cruz refiere que en la concepción náhuatl "el Cielo consiste en la contemplación de Dios" y por esta razón se le sepulta al difunto siempre con "el rostro hacia donde sale el sol como para significar esa contemplación de Dios". En relación a la figura del sol, Melitón Cruz relata que aún hoy en día existen personas que le llaman dios al sol, de ahí la asociación existente entre el astro y la forma en que se entierra el cadáver en el campo santo. La concepción original del sol en los antiguos nahuas no sólo hacía referencia al dios, sino al lugar donde los guerreros o las mujeres que morían durante el parto llegarían. No obstante, no se encuentra en Xolotla alusión alguna a esta concepción.

Al parecer, el Purgatorio no encontró en el pensamiento náhuatl ningún referente. La visión que se tiene de éste, como expresa Melitón Cruz, es la misma que en la religión católica, como un lugar de "purificación". Otras figuras del imaginario católico que no encuentran un similar en el pensamiento de los pobladores de Xolotla son los ángeles.

En relación a la resurrección, Melitón Cruz afirma que "en el pensamiento náhuatl a veces confunden que sea resurrección el hecho de que vengan a comer el día de muertos. O sea eso no es resurrección, resurrección es la glorificación de la carne humana".

Para hacer referencia a Satanás o al espíritu demoníaco se utiliza el término "El Malo". Melitón Cruz explica que en la concepción náhuatl "tanto el bien como el mal están a la par, entonces ahí lo que quieras escoger porque ambos están a la par", esto se contrapone con el pensamiento católico donde el bien prevalece sobre el mal.

6.3 Todos Santos

La celebración de Todos Santos es una de la fiesta más importantes para la comunidad de Xolotla. Para los indígenas nahuas de este pueblo representa

una forma de expresar la solidaridad y unión del pueblo, como relata Alberto Hernández:

(...) se pone de manifiesto nuestra unidad, porque mucha gente que radica en México en otras ciudades, llega aquí, llega a convivir con la gente, y toda la comida que preparamos esos días hacemos que se comparta. (...) en la festividad participamos todos, personas grandes, jóvenes, niños (...). Y como yo les digo se necesita mucho esfuerzo más que nada, entonces ahí disponemos todos (...). Si en otra época del año no ha habido afluencia digamos de los familiares que trabajan fuera de la comunidad pero en esos días sí. En esos días también no solamente se participa la comida con la familia sino por decir, la familia que aún vivimos, sino que participa también con los difuntos.

Alrededor de este festejo se entreteje una serie de creencias, tradiciones, costumbres y expresiones del sincretismo religioso que muestran el pensamiento y la concepción sobre la muerte que tienen los nativos del lugar. Todos Santos comienza con los preparativos, para que a la llegada de los muertos, los días 1 y 2 de noviembre, todo esté dispuesto para recibirlos. La gente comienza a prepararse desde el mes de julio, criando animales, gallinas, guajolotes y sembrando la tradicional flor de

campasúchil. En los campos cercanos se pueden observar, desde los últimos días de octubre, los sembradíos de la flor de muerto, que son cosechados para consumo personal o para la venta entre los habitantes de la región.

La primera ofrenda se pone el 18 de octubre, en el día de San Lucas, y está dedicada a quienes murieron violentamente, en un accidente o “con fierro” (asesinados) como dice Alberto Hernández, quien explica que “debe celebrarse su día muy diferente porque según se murió con una muerte pues muy espantosa por decir. O sea que no deben de participar los muertos por enfermedad y los muertos por accidente o asesinato (...). Se les tiene que dar su ofrenda como los del 2 de noviembre o del primero de noviembre pero no en ese día”.

Para don Alberto, Todos Santos no es una celebración reciente, ni siquiera de tiempos de la Colonia; se trata más bien de un festejo que procede de “tiempos inmemoriales”, de la época prehispánica.

Para la ofrenda se realizaban sacrificios humanos para sus difuntos de nuestros antepasados. La sangre humana era en aquel entonces como el mole en la actualidad. Al llegar los misioneros españoles esto les pareció horroroso e inhumano, por lo tanto

optaron por usar el mole hecho por chile ancho para darle el matiz de sangre humana a la celebración. En Xolotla existe la hipótesis de que para efectuar dicho cambio de elementos hubo un acuerdo entre los misioneros y los comerciantes que vendían el famoso chile ancho y los sacerdotes que oficiaban la misa de difuntos para que en ambas partes haya provecho económico.

Con una semana de anticipación, la gente comienza a comprar los elementos que serán colocados en la ofrenda. Muchos de ellos acuden a Pahuatlán, cabecera municipal, a comprarlos, otros lo hacen en las tiendas del pueblo y en los puestos que se colocan en las calles especialmente para ello. En los puntos de venta se puede encontrar chile ancho, chocolate, canela, clavo, ajonjolí, plátano, guajolotes, gallinas; todo lo necesario para preparar el tradicional mole. Además, se pueden comprar ceras, veladoras, flor de cempasúchil, camote, jícama, cañas para armar el altar, papel picado y pan de muerto.

Antes de ser colocados en la ofrenda, estos elementos deberán ser bendecidos por un sacerdote. Alberto Hernández explica el significado de ello: “Este acervo alimenticio tanto con las ceras, veladoras, romero y el tan tradicional cempasúchil se fija un día con el sacerdote de la parroquia para

bendecir y darle un valor cristiano al evento. Esto se hace en días muy próximos de las ofrendas”.

Gran número de gente se reúne en la iglesia para colocar sus *chiquihuites* a lo largo del pasillo central y en torno al altar. El sacerdote comienza con la bendición, principalmente de ceras, veladoras, ramos de flores y agua. Posteriormente menciona los nombres de los fallecidos para pedir por el descanso de sus almas. Después se realiza propiamente la misa. Durante la bendición pasada, en noviembre de 2002, el entonces sacerdote de Pahuatlán, Javier Cruz Galindo, exhortó a la gente a rezar por sus difuntos para que salgan del purgatorio, a mandar hacer misas para que puedan llegar sus almas al cielo.

Esta bendición es muy importante para la gente del lugar, pues como comenta la señora Francisca Hernández, “tengo que bendecir, si no nada más voy a estar poniendo la ofrenda al enemigo malo (...) el que anda este mandando a la gente que se porte mal, que maten, que roben, todas esas cosas malas (...). Y eso nos lleva dice que al infierno, es que a la lumbre todos nos lleva (...). Cuando no bendecíamos nuestras cosas que ocupamos en Todos Santos, todos quedamos esponjados aunque comamos dos tortillas”.

Según la creencia de los pobladores, hay que bendecir lo que se va a poner en la ofrenda o de lo contrario no tendrá ninguna validez. Esto es signo, quizá, del proceso de cristianización tan fuerte que se vive en Xolotla. Para el seminarista, Melitón Cruz, por más que la gente se cierre a la Iglesia tiene la necesidad de que se bendiga su ofrenda para lo cual debe acercarse a un sacerdote pues de lo contrario no podrá ponerla. Al referirse a ello el propio Melitón lo resume como “toda una mezcla de tradición náhuatl y tradición cristiana”.

Sin embargo, para personas como don Alberto Hernández, no obstante que acepta la cristianización de las costumbres, reconoce que ello ha ocasionado que se pierda de alguna u otra forma la tradición original, “como que la religión le ha quitado un poco de pureza en este sentido porque, por ejemplo, las visitas, tan sólo las visitas que llevamos a cabo en los días de Todos Santos como que nos roba, nos roba al celebrarse una misa. La gente en lugar de visitar a sus familiares va a misa y como que se interrumpe eso”.

A las 12 del día del 31 de octubre comienzan a repicar las campanas de la iglesia para darle la bienvenida a los difuntos niños que, hasta el mediodía del 1 de noviembre, estarán entre los vivos, compartiendo la comida de las ofrendas. Cabe resaltar que las campanas repican sin cesar por espacio de

48 horas hasta llegado el mediodía del 2 de noviembre, cuando los difuntos adultos dejan este mundo.

Desde muy temprano la gente comienza a sacrificar animales, armar el altar y barrer los caminos, para que en punto de las 12 horas se rieguen los pétalos de la flor de muerto que guiarán a los “angelitos” desde el camino vecinal hasta el altar. “Incluso hay personas que les dan la bienvenida con algo sencillo, por así decir una botana, un café, un pan, etcétera o algunos dulces”, relata Melitón Cruz.

La ofrenda del día primero se dedica a los “angelitos” que, según doña Gloria Hernández, son los niños que murieron ya bautizados y a quienes trae la Virgen en ese día para que coman los alimentos. Lo que complementa don Alberto Hernández al reflexionar que “los niños no tienen pecado alguno y por tal motivo llegan provenientes del Cielo. Cielo en náhuatl significa lugar de fiesta, por lo tanto son exentos de penalidades”.

La razón por la cual existe un día especial para los difuntos infantes es que, de acuerdo con Melitón Cruz, los niños están puros, son santos, por lo cual no pueden comer con los adultos que muchas veces han cometido algún pecado o maldad. También por ello la ofrenda difiere de la de los adultos, pues se colocan alimentos que en la vida cotidiana les gustaba a los

pequeños como tamales, atole, dulces, frutas, sustituyendo la carne de guajolote por pollo, el mole por el pascal de pepita o cacahuete sin chile, y la cerveza o el refino, bebida embriagante típica del lugar, por refresco.

La forma en que se recibe a los niños también es diferente, pues el repique de la campana es más festivo que en el día de los llamados difuntos mayores cuando toca de forma luctuosa. Además, en el día de los infantes no se truenan cohetes, ya que según don Alberto Hernández, esto los espantaría; es hasta el día 2 cuando se hace esto.

Una vez terminado el altar y la comida, se colocan las ceras, una para cada uno de los difuntos de la familia, pronunciando el nombre del fallecido, con lo que se le invita a participar de la comida. Después se prepara el incienso, colocando pedazos de tizón encendido en el sahumerio. Según Melitón Cruz, el incienso es muy importante en el pensamiento náhuatl, “es el aroma de la santidad, por así decir, en términos cristianos, el de la pureza, el olor de Dios por así decir, el olor de la deidad. Entonces por eso se pone el incienso para que, en primer lugar, se alejen los malos espíritus. En segundo lugar para la aromatización del ambiente que recuerda que ya, que no es terrenal, o sea que no es algo que se palpe, o sea algo espiritual”. Para la señora Ester Conde, el incienso es lo que piden los difuntos, es el “perfume de los muertos”. Dos elementos que no pueden faltar son el agua

bendita y la cruz, elemento último que según don Alberto es signo de que los difuntos fueron personas bautizadas.

Los difuntos que ya no tienen familiares también son recordados por los pobladores. Según Alberto Hernández, se colocan ofrendas afuera de algunas casas para aquellos difuntos desconocidos o que no pertenecen a la familia, con el fin de que también participen de la comida. Así mismo, se hace una cruz con palos forrada con flores de cempasúchil. Además, comenta, se “avienta” un tamal o un pan para que de ahí también coman. Los ministros de la iglesia también participan creando una “ofrenda universal” que es colocada en el curato. Este altar es dedicado a los difuntos de todas las latitudes y tiempos, sin importar credo o condición social. Esto, según don Alberto, busca darle un sentido cristiano a la celebración. Durante todo el día dos, los campaneros pasan de casa en casa pidiendo comida para colocar la ofrenda por la tarde, misma que es repartida entre la gente que se acerque al curato.

La ofrenda debe ser motivo de sumo respeto pues alrededor de ella se encuentran las almas de los seres queridos que del más allá vienen a visitar a su familia. Después de que se coloca la comida, comenta Alberto Hernández, nadie debe situarse frente al altar, salvo por extrema necesidad, “nadie tiene que hacer ruido, nadie tiene que andar brincando, o sea que

pues haciendo ahí desorden, los niños tienen que estar quietecitos (...) tiene uno que pasar ahí frente al altar con respeto porque se tiene en cuenta que ahí están ellos, están los abuelitos”.

Colocar la ofrenda es más que un rito. Alrededor de este hecho gira toda una serie de creencias, según las cuales, aquel que no muestre interés por la celebración puede ser castigado por sus difuntos con mareos, calentura e incluso con la muerte. Esto se observa a través de las leyendas que, transmitidas de padres a hijos por medio de la tradición oral, perduran en el pueblo. Don Alberto Hernández relata una de ellas:

También le sucedió a un cuate allá en Zacatlán. También así pensó, yo no celebro Todos Santos, qué cosa, son puras antigüedades. Un día también que no se preparó para Todos Santos, en ese día en vez de que hiciera su altarcito y preparara la comida, en ese día agarró su guitarra y se fue; según iba a tocar allá en una comunidad, a divertir a la gente. Iba caminando así, en un camino solitario, y oyó que ahí venía mucha gente que venía platicando, pero nunca volteaba y como que no les hacía caso. Él seguía caminando cuando sintió que pasó alguien ahí, raspándolo, y no hizo caso, iba caminando, y más sintió que le dieron un empujón y tampoco hizo caso, cuando siente que le

quitan la guitarra y la aventaron. Y ahora quién me la aventó, la guitarra, pues quién. No vio a nadie. Y ahí fue cuando se dio cuenta, yo creo que sí conviene que me preocupe de la festividad de Todos Santos; creo que sí vienen los difuntos.

Otra anécdota es contada por la señora Gloria Hernández:

Pues no sé porque siempre pongo, aunque poco, sí lo pongo. Con ser de que a pesar dice, algunos dice, dice la gente que un señor le pasó, que un señor le pasó no hizo caso en Todos Santos, Todos Santos no hizo caso, nada más cortó un montón de quelites, cortó y le dio y los sirvió en unos platos así, los que encendió, en lugar de encender unas velas encendió unos ocotes así, que los puso así, así una fila de ocotes, no ves que se le perdió su vista porque él lo hizo así. Este se murió de espanto, nomás hizo una semana y se murió.

Doña Ester Conde, relata una historia más que muestra además el temor que se tiene en el pueblo hacia el hecho de no poner ofrendas:

Como tengo un cuento de una pobre señora que enviudeció, y tenía su marido y murió. Y entonces ella quiso hacer Todos Santos y se juntó con otro hombre relajó, que no quería nada y le dijo

que ella quería hacer Todos Santos y nomás la regañó, que le dijo que para qué, que qué cosa era eso. Él no, él no quiso que haga nada. Entonces la pobre mujer en lugar de poner unas ceras fue a cortar unos ocotes con trementina de palo que se prende muy bien y hizo un atajadizo así como tablerito y atrás allá puso su ofrenda, nada más tasitas de café y ocotes en lugar de las ceras. Y el hombre dijo ahora voy a ver si de veras, a ver si de veras vienen lo muertos, dice. Serán muertos de hambres qué, dijo. Se fue al camino a ver y se le apareció el difunto, por eso se murió el hombre. Se le apareció, que traía un manojito de ocotes así agarrando el difunto. Ya no era cera, era un ocote, pues lo que había puesto la mujer (...). Se le presentó el difunto y lo vio bien, y entonces sí ya lo creyó pero se murió y ya no tardó el hombre. Entonces ya no caray de veras es cierto dice, yo creí que era una chanza, que no de veras caminaban los difuntos dice. Pero se le presentó y se lo llevó, ya no, ya no tardó. Siquiera logró contarle a su mujer lo que vio, pero murió el hombre. Ahora cómo no, no vamos a creer todo eso, no, no, no. Nosotros cumplimos con hacer la reverencia y esa tradición. Nada nos cuesta. Nosotros sí lo hacemos, por qué no.

En suma, la tradición de Todos Santos es motivo de fe para los habitantes de Xolotla. Para los indígenas nahuas de esta comunidad, la visita de sus muertos en estos días es un hecho ineludible. Alberto Hernández tiene una anécdota sobre ello:

Un día hace como siete años, cuando falleció mi papá, en una mañana principalmente el 31 de octubre, como a las siete de la mañana me dice mi señora, prepárate dice, por favor arréglate para que vayas a comprar los pollos, para que los pongamos a cocer, a hervir y también el pan para que pongamos la ofrenda en la noche o mañana muy temprano, por favor arregla la caja y después vas a comprar las cosas que necesitamos. En eso que empieza a amarrar con un mecapan una caja con que voy a poner mi pan, que oigo que alguien saluda por acá abajo y ladraron los perros, saludó bien bien, pero saliendo no había nadie. Y aparentemente como dicen bueno quién será. Ahora lo raro digamos es que a veces no solamente una persona escucha eso, simultáneamente escuchamos dos o tres, cuatro o cinco personas. Ahora si una persona digamos escucha un ruido, una voz, pero sola, pues es que está enfermo mentalmente, no sé qué cosa, está en estado de éxtasis no sé qué, pero si escuchamos el

ruido o la voz de una persona pero en grupo, así en familia, bueno qué será, qué será, ahí es donde nos hace pensar que sí de veras, los difuntos se hacen presentes.

Esta anécdota refleja el sentir de la comunidad náhuatl de Xolotla por la celebración de Todos Santos. Sentimientos como el expresado por Alberto Hernández son parte del video documental producido, para el cual fue necesario plantear el siguiente capítulo.